

## CAPITULO XIV

El Estado Mayor y otros jefes de la fuerza vencedora de Pineda en Pueblo Nuevo llamaron al Dr. Cortés para deliberar sobre aquella grave situación; y resolvieron que el Doctor Cortés, acompañado del capellán Presbítero Marengo, fuese en misión de paz a la ciudad de León, para tratar de la alianza de las dos fuerzas del país para eliminar a Walker y sus vándalos de la intervención en nuestra contienda, como ya se había iniciado en las cartas de los dos Presidentes y del General Sarría; y que la fuerza contramarchase a Managua.

Era arriesgada y difícil la misión de los enviados Cortés y Marengo, pero había que intentarla, aunque el peligro en aquel momento era inminente al presentarse en medio de un pueblo que acababa de sufrir la pérdida de sus hijos, muertos o heridos en el reciente combate de Pueblo Nuevo; pero en el camino del bien, a Cortés no le arredraba el sacrificio, y salió para León sin trepidar.

La presencia de los granadinos en Pueblo Nuevo imponía a los leoneses una actitud beligerante; una partida de caballería, que salió de la plaza de León a explorar el campo, se encontró con los comisionados y los hizo prisioneros; y se volvió para entregarlos al Jefe, haciendo un rodeo para pasar con ellos por la calle real, exhibiéndolos como trofeos.

El Dr. Cortés era muy conocido, y su nombre pasó de boca en boca, y la curiosidad hacía que mucha gente afluyese a la casa nacional; principalmente los miembros de su familia, que, en el estado de exaltación de la gente, comprendían que corría peligro, y ellos se proponían salvarlo.

Coincidió la llegada de Cortés con la de la noticia de la

toma de la plaza de Granada, y el vertiginoso movimiento que estas dos noticias comunicaron a la sociedad corría con la rapidez que le comunicaba la pasión de partido, la cual hacía que la llegada de Cortés fuese objeto de diferentes versiones, a cuál más desfavorables; y no faltó un malintencionado que, fanatizando las masas populares con lo que llamaba el triunfo de la democracia, las agrupase para ahogar toda palabra de concordia, pidiendo la sangre de quien proponía arreglo... ¡Hay que matar al que no quiera la matanza!

Pobre pueblo, no es suya la culpa, son las furias negras y el cruel destino que le empujan, y busca en la noche que envuelve su espíritu ignaro, las sombrías glorias de Caín.

Inconscientes, ciegos, no miran el abismo insondable del porvenir, que depara a granadinos y leoneses el oscuro antro del gran cerebro vencedor: no comprenden los feroces planes de sangre que Walker está meditando.

Es más fácil que el tigre olvide el hueco oscuro de su hedionda cueva, osario de sus víctimas, antes que el alma de un vándalo togado, que lleva preseas militares, renuncie a la matanza, ni al caballo, al clarín de guerra, ni al sable criminal: su sed de lucro la apaga con sangre.

Debe narrarse, sí, que el impulso feroz de las turbas de León se estrelló en las altas regiones oficiales, porque Mr. Manning, y los comerciantes extranjeros y muchas personas notables, hicieron que prevaleciese la voz de la razón y los dictados de la civilización ante el Gobierno provisorio: y el señor Escoto prestó atención benévola, mandando que el Dr. Cortés fuese puesto en una casa particular de respeto, custodiado por un oficial y gente de confianza de la familia, para seguridad de la vida de tan ilustre prisionero.

## CAPITULO XV

Mientras todo esto sucedía en León, Walker estaba en Granada; pero es necesario narrar los antecedentes que le dieron éxito tan grande, para poder apreciar cuántos puntos calza el talento y el valor de este caudillo, que permaneció vencedor e inactivo desde el 2 de septiembre hasta el 13 de octubre. El triunfo en la Virgen alentó a los democráticos y les proporcionó no sólo los datos de sus espías, sino de otros, como los comunicados por el presidiario a quien el mayor Vega mandó de espía, y en vez de traer los datos de la situación de Walker, le dió a éste los de Granada, expresándole su opinión de la facilidad de tomarse la plaza por sorpresa, y le enseñó las señales de la cadena que se había quitado en prueba de que él quería perder a los legitimistas, que le habían hecho sufrir tanto trabajo y tanta afrenta.

El antillano Thomas Franco vivía en Granada, pero simpatizaba con los democráticos, como la antítesis de la aristocracia, que no ve bien a los de su raza. Con el corazón enconado por estos sentimientos, escribió a Walker una carta en la que le daba datos, contestes con los del espía que mandó el Mayor Vega, pagándole una propina y dándole la libertad. Franco lo invitó también a que viniera por agua a sorprender, garantizándole el éxito.

Para colmo, el Capitán Escoto había entregado a Walker la carta del Coronel Fernando Chamorro, que este jefe le escribía al General en Jefe que estaba con el ejército en Rivas, distante catorce leguas de Granada, y con un camino de fango y ríos, que en el mes de octubre hacía difícil hacer jornadas rápidas con el ejército; en cuya carta daba detalles de la evolución po-

lítica de Escoto y Estrada y del movimiento militar. Este fué el primer dato que había recibido, todos de fuente irreprochable, y Walker, aplicando al criterio de la guerra los principios del foro, con estos tres testimonios consideró plenamente probada la verdad, falló, dió el jaque y he lo allí en la plaza de Granada.

Ganada la partida, la apuesta no pertenecía ni a los democráticos ni los legitimistas. La política de Nicaragua valía para el filibustero Walker un ardite; él no jugaba en esta partida los intereses políticos de leoneses ni granadinos, sino los intereses comerciales de banqueros americanos, los cuales no interesaban al General Fruto Chamorro ni al Licenciado don Francisco Castellón, quienes iniciaron esta contienda. Tampoco Escoto y Estrada, que figuran como cabecillas el funesto 13 de octubre, no eran en el fondo ni podían ser factores de la negociación de Nacaome.

Morgan y Garrison eran millonarios que rivalizaban con otros de su índole y que, en sociedad con el Comodoro Vanderbilt, tenían el pingüe negocio del tránsito por nuestro istmo de los pasajeros de o para California, cuyas minas de oro atraían a los viajeros que ellos transportaban en los vapores que tenían en el Atlántico y el Pacífico; siendo éstos, por consiguiente, los verdaderos e importantes factores de ese negocio, de manera que el desastre abarcaba a todos los nicaragüenses, sin que los candoñosos caudillos de los partidos de Nicaragua lo comprendiesen, sino hasta que el desenvolvimiento de los hechos vino, aunque tarde, a abrirles los ojos, porque la pasión, más lugareña que política, les cegaba.

El General Corral era masón, Walker no, y cuando venía en camino de Rivas a Masaya, éste recibió carta de Walker en que le proponía arreglo con la astucia de estampar en ella algunos signos masónicos, aunque él no lo era; no obstante, Corral supo excusarse de toda inteligencia, diciéndole, en contestación, que era al Gobierno a quien incumbía esta clase de tratados.

En Masaya instaló su Gabinete el Presidente Estrada con los Ministros Doctor Barberena y don N. del Castillo, quienes se habían escapado de Granada, acampando allí también el ejército con su General en Jefe.

En la plaza de Rivas había quedado como Gobernador Militar el Coronel Florencio Xatruch, y en Managua el Coronel Tomás Martínez, a los cuales, como al Coronel Chamorro, ascendió Estrada a Generales de Brigada, lo mismo que a Bonilla. También ascendió a Coroneles y a Tenientes Coroneles a los que a esa hora estuvieron en Masaya.

La presencia del ejército en esta ciudad, a tan corta distancia de Granada, le causaba zozobra a Walker porque, aunque la ciudad era rica y él contaba con elementos propios por su afortunada ocupación militar, no tenía la opinión del paisanaje; por el contrario, él participaba del odio lugareño a los leoneses que le acompañaban, lo que le proporcionaba la desventaja de vivir espionado por todos y por dondequiera, teniendo al corriente al General Corral hasta de los menores detalles. De todos los pueblos cercanos estaban llegando a engrosar sus filas, pudiendo de un momento a otro lanzarse sobre él y su escasa falange y ahogarle, muy particularmente si las cartas de Escoto, de que le hablaba el Coronel Chamorro a Corral y que él había interceptado, tenían verificativo. Todo ese era para Walker muy peligroso y le creaba una difícil situación en la plaza que había conquistado por sorpresa, la cual se iba disipando a proporción que el tiempo pasaba.

Este tiempo, sin embargo, no lo gastaba Walker en la inercia; sino, por el contrario, desde el mismo día 13 trató de organizarse en la parte política y social. Walker era hombre activo y tuvo la fortuna de encontrarse con personas instruidas y de talento, como eran el Licenciado Fermín Ferrer y don Carlos Thomas, conocedores de los asuntos domésticos de la alta sociedad de Granada, que le prestaron su valioso contingente.

Fué así como supo escoger por domicilio la casa de la señorita Irene Ohorán, persona entrada en años y de alguna ilustración, teniendo roce social con distinguidas personas del país y extranjeras.

Sus relaciones con la flor y nata de la ciudad, principalmente con los hombres de la alta política, hacían de la señorita Irene una entidad importante en la cosa pública, y como mujer de altas concepciones no vaciló en acoger como huésped dis-

tinguido al que, dueño de Granada, tenía en sus manos a todos los granadinos. Ferrer fué nombrado Prefecto.

Walker lanzó ese día una proclama en la cual colaboró Carlos Thomas en términos muy suaves y tranquilizadores, ofreciendo conservar el orden y garantizar la vida y propiedades, procurando armonizar los hechos con las palabras, devolviendo a sus dueños ciertos objetos robados por los soldados, y asumiendo el lenguaje enérgico del jefe para contener la exaltación de su segundo jefe Valle (a) *Chelón*, por causas de excitación alcohólica que le causaba el verse cojo a consecuencia de una bala legitimista que le había fracturado una pierna; este rasgo del carácter de mando del jefe filibustero en presencia de don Dionisio Chamorro trascendió a algunas personas del centro y satisfacía de algún modo la vanidad y odio de los granadinos a los leoneses, y de allí nació la frase favorita de la señorita Irene: «Nos vamos a curar con los mismos pelos», lo cual hizo eco en el resto del partido legitimista.

Esto hizo posible que la referida señorita Ohorán no fuese extraña a la propuesta de arreglo de que el General Corral fuese el Jefe del Poder Ejecutivo de Nicaragua y Walker el Comandante General de Armas, cuya misión por tierra fué encargada a don Gabriel Lacayo y don Rosario Vivas, la cual fué desechada por el primer jefe del ejército legitimista que venía en marcha para Masaya.

Don Juan Ruiz, Ministro de la Guerra de Estrada, se había quedado en Granada, y fué nombrado por Walker para que con el Ministro americano Mr. Wheeler fuesen por agua a Rivas y desembarcasen en San Jorge para influir en el ánimo de Corral para que aceptase el arreglo. El anciano Ministro de la Guerra, avezado a los peligros de bochinches y revueltas desde la prisión del Jefe Cerda, aceptó, no obstante estar muy reciente los fusilamientos de Castrabal, Gómez, Peinado y el *Peruano*. Lo que él quería era salir de la ratonera.

En Rivas estaba mandando todavía el Coronel Xatruch y con él era fácil arreglar su fuga a Costa Rica. El conocía como la palma de sus manos ese itinerario que en muchas ocasiones semejantes había recorrido: ésta era la sexta vez.

Una prisión desorientaría a los familiares de las víctimas recientemente inmoladas por él y entrarían en confianza; y Xatruch decretó el seudosequestro del comisionado, y al tercer día estaba el vetusto fugitivo fuera de peligro en «La Otra Banda».

Mientras tanto tenían lugar estos hechos, por el lado de León se verificaban otros no menos importantes: El General Sarria salió de aquella ciudad con una fuerza respetable y atacó la plaza de Managua, defendida a la sazón por el ya General Martínez, y fué derrotado. El General Sarria recogió los laureles del General Muñoz, que le otorgara el triunfo de éste en El Sauce, en su batalla con el General Guardiola; había heredado la victoria de Muñoz, pero no el talento, valor e instrucción militar de aquel ilustre Jefe. Sarria tenía gran propiedad pecuniaria, era rico; pero una vez más se vino a demostrar en la acción de Managua que no siempre la riqueza da la celebridad, que sólo se obtiene con el genio de la carrera militar; es, pues, preciso consignar en este relato histórico que Sarria fué uno de los que escribieron al Presidente Estrada palabras de paz, hacía poco tiempo, a las cuales se había contestado con las balas atacando los legitimistas la plaza de Pueblo Nuevo, que cayó en su poder después de algunas horas de combate.

No es remoto que Walker, receloso y desconfiado de sus aliados y de la situación desfavorable de Granada, como queda dicho, y en vista de que sus misiones parlamentarias con Corral se habían frustrado, procurara a todo trance una pronta solución infundiendo el terror a los granadinos. Tomó de lo más conspicuo de entre los prisioneros al señor Ministro de Relaciones de la Administración legitimista, al ilustrado e inteligente joven leonés Licenciado Mateo Mayorga, a quien fusiló Walker, mandando inmediatamente a Mr. Pedro Rouhaud y a don Fermín Arana a Masaya a *imponer la capitulación*, amenazando con fusilar a los demás prisioneros como a don Dionisio Chamorro, don José Argüello Arce y otros hombres importantes, si no llegaba ese día la comisión correspondiente para ajustar las bases en que debían rendirse.

El todavía Coronel Fernando Chamorro, a su regreso de Pueblo Nuevo con el ejército vencedor y en virtud de licencia

concedida por el primer Jefe General Hernández, pasó a Masaya para informarse de la salud de su familia, haciendo lo mismo el autor de la presente historia.

Sin saber el día de la intimación, me dirigí a casa de Sinforoso Zúñiga, propiedad hoy de la viuda de Jacoby, en donde despachaba el Presidente Estrada y su Gabinete; salióme al encuentro Isidro Vega (a) *Cucurucho*, amigo mío, y me dijo: «¡Ya sabes la de *cal*, triunfamos en Managua; sabe ahora la de *arena*, Walker fusiló a Mateito Mayorga».

Como heridos por un rayo, Estrada y sus Ministros, con don Pedro Joaquín y don Fernando Chamorro, aturdidos, estaban en la sala esperando que se acabasen de reunir los demás para resolver el partido que debían tomar ante las imposiciones del filibustero Walker. No quisimos separarnos de aquel sitio hasta que se reuniesen todos y pasamos a los corredores interiores de la casa con Isidro, Pío Bolaños y otros amigos.

Los comisionados Arana y Rouhaud explicaron la sangre fría con que aquel bandido yankee había procedido en la ejecución de Mayorguita y la feroz determinación en que estaba de fusilar a don Dionisio Chamorro y los demás prisioneros políticos, si no volvían ellos con la contestación; por consiguiente, aquella reunión presentaba un cuadro sombrío y desgarrador.

Los concurrentes se iban juntando en grupitos de dos o tres, se hablaban entre sí, se levantaban y se volvían a sentar. Estrada, sus Ministros y el General Corral estaban hablando en voz baja sin dejar sus asientos.

Largo tiempo duraron en deliberaciones parciales y en común hasta las tres de la tarde, hora en que se pusieron a escribir las instrucciones que debía llevar el General Corral, designado por el Gabinete para ir a Granada a hacer la capitulación con Walker.

El General Corral no iba al campamento enemigo, situado en Granada, a hacer un tratado con una facción del país, que rechazaron con altivez, por considerarlo «indigno», los mismos hombres que ahora daban su firma autorizando al primer Jefe de aquel ejército tantas veces vencedor en gloriosas lides con los democráticos para que firmase la oprobiosa capitulación

con el asesino Ministro del Gobierno y aquel funesto aventurero que se llamó William Walker.

Los humanitarios sentimientos que en lo privado alimentaba el noble corazón de Corral le hacían tener fe en los principios filantrópicos de la masonería, y engañado con la falsa creencia de que Walker era masón, iba confiado en tratar con un hermano y de consiguiente obtener alguna consideración fraternal en el arreglo de la capitulación. He aquí las bases en que se verificó aquel célebre tratado:

«Los Generales William Walker y Ponciano Corral, animados de los más sinceros sentimientos de hacer cesar la guerra que por algún tiempo ha devastado a Nicaragua, y en el deseo de poner término a tan grave situación, el primero, en virtud de instrucciones que tiene (no expresa de quién) y el segundo, autorizado omnímodamente por el Gobierno que presidía en esta ciudad, han convenido, después de maduras deliberaciones, en el tratado siguiente:

1º De hoy en adelante quedan suspensas las hostilidades; habrá paz y amistad entre las fuerzas beligerantes de uno y otro ejército.

2º Se nombra Presidente Provisorio de la República de Nicaragua al señor don Patricio Rivas por el término de catorce meses, salvo que el nombrado, en Consejo pleno de Ministros, resuelva convocar al pueblo a elecciones antes de este término, para su renovación.

3º Los Ministros serán nombrados por el Presidente, siendo éstos elegidos de entre los Departamentos de que se compone la República; debiendo ser cuatro los nombrados: el de Guerra, el de Relaciones Interiores y Exteriores, el de Hacienda y el de Crédito Público.

4º El Gobierno Provisorio respetará y hará respetar los artículos 2º, 3º y 4º y las secciones 2ª y 3ª de las disposiciones generales de la Constitución de 1838.

5º Habrá un olvido general de todo lo sucedido hasta hoy por opiniones y faltas políticas y ninguno será molestado ni inquietado por tales causas.

6º Los contratantes y el Gobierno Provisorio quedan obligados a reconocer las deudas contraídas por ambos beligeran-

tes, ya sean por préstamos, exacciones o cualquiera otra causa.

7º El Gobierno reconocerá también los grados y destinos militares que hayan obtenido los que prestaron sus servicios a los beligerantes.

8º Quedan en libertad para separarse de la República o de cualquiera de las poblaciones aquellos Jefes, oficiales y ciudadanos que quieran salir con garantía y seguridad de su persona y propiedades.

9º La legión americana podrá quedarse al servicio de la República, siempre que manifieste deseos de naturalizarse, y en este caso, se les dará por el Gobierno a cada uno la porción de tierra que se les tiene prometida. Las armas que portan, como sean particulares, serán devueltas a sus dueños.

10º Se dará orden por el señor General Walker a las fuerzas que sitian a Managua que se reconcentren en León, reduciéndolas a ciento cincuenta hombres. Cuando esta orden se haya cumplido, el General Corral mandará reducir las fuerzas de Managua al preciso número de cien hombres al mando del General Martínez, y las de Masaya, al número de cincuenta hombres, al mando del señor Coronel don Lino César y otro Jefe honrado.

11º Las fuerzas de Rivas permanecerán al mando del señor General don Florencio Xatruch; y el Gobierno Provisorio dispondrá el número que en aquel Departamento deba hacer el servicio y el Jefe que deba mandarlas.

12º Los Gobiernos que han existido en Nicaragua durante la guerra, cesarán, en el acto que cada uno de los Generales le notifique este tratado; y cualquiera de ellos que quiera continuar ejerciendo el Poder Ejecutivo, será reputado como perturbador de la paz.

En fe de lo cual firmamos dos ejemplares de un tenor, y nos comprometemos a cumplir y hacer cumplir lo estipulado en el presente contrato.—Hecho en la ciudad de Granada.— Octubre 23 de 1855.—(f) William Walker.—(f) General en Jefe de las fuerzas de la República, Ponciano Corral.»

A este tratado se añadieron tres artículos más, sobre asuntos accesorios; lo único sustancial y de trascendencia fué lo que se refería a la obligación que se le impuso al Gobierno

nuevo que creó dicho tratado de emitir un decreto nombrando a Walker General en Jefe del Ejército de la República, algo así como el Comandante General de antaño, que el vice-Jefe Núñez hizo al Pavo, uno de los asesinos del Jefe Zepeda, que nos hiciese retrogradar a los tiempos aquellos de Casto Fonseca, en el que el Jefe de las armas compartía el poder y a veces mandaba más que el Jefe Supremo del Estado. No podía esperarse otra cosa del que acababa de sacrificar al Ministro de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores, Licenciado don Mateo Mayorga.

Al siguiente día de concluida la misión del General en Jefe del Ejército legitimista, volvió a dar cuenta con el tratado, que el Diputado Presidente estudió en su Gabinete y el concurso de los hombres notables de Granada, que habían podido salir y que estaban en Masaya; todos tenían que pasar por las horcas caudinas, y Estrada y sus Ministros, mal de su grado, aprobaron lo que su Representante, con facultades omnímodas, había hecho en nombre del Gobierno, su comitente.

El sagaz filibustero aparentaba espíritu de orden, y aun de religioso; las palabras consignadas en los artículos adicionales de ir él, Corral, y don Patricio, *unidos*, al templo a dar gracias al señor de los ejércitos, envolvían el tósigo del mendaz, creyente, para hacerles tragar la Comandancia General del Ejército, que le otorgaba la preponderancia de la fuerza, y con este poder llevar a cabo sus aviesas miras de esclavizar a Nicaragua, encubiertas con el seductor ropaje de la religión, que sintetiza el respeto a la propiedad, a la vida y a la libertad del hombre, y que después conculcó de manera atroz.

En León se creyó que las ideas democráticas del programa de Jerez en Chinandega habían triunfado con sólo la toma de Granada por las tropas leonesas y americanas, y batieron palmas a Walker; se aprobó también el funesto tratado con el hecho de autorizar por un decreto omnímodamente *al General en Jefe Mr. William Walker para que ratificase y ejecutase el tratado que había ajustado con el General Corral y le pidieron un salvoconducto para el General Jerez, el Licenciado Selva, el Padre Orozco, el Ministro de Relaciones Exteriores y otros cua-*

tro más, para pasar a Granada a felicitarlo por el triunfo de la *¡Justa causa de los principios democráticos!*

Ciento cincuenta soldados legitimistas, al mando del General Fernando Chamorro y de su segundo Jefe José Bonilla que habían quedado de alta, ocuparon San Francisco, extenso edificio y con condiciones de una fortaleza militar, situado en una posición estratégica, dominante, comunicado por una puerta en el muro de retaguardia con los barrios de Santa Lucía y Guadalupe, habitados por legitimistas valientes, entusiastas y aguerridos. Bonilla era originario de Chinandega y muy prestigiado por sus hazañas en las lides, defendiendo la causa; de carácter suave y comunicativo, y como occidental se relacionaba bien con los Jefes de Occidente.

El General José María Valle (a) *Chelón*, segundo Jefe del ejército de Walker, era también de genio popular y tratable, y pronto estos dos Jefes estrecharon relaciones, trataron en intimidad acerca de la situación política y ambos la creyeron muy difícil, calificaron a Walker por sus últimos hechos como un hombre funesto y peligroso para ambos partidos, resolviendo por último eliminarlo de la escena, para lo cual convinieron en que el día que cualquiera de los dos fuese nombrado Jefe de día, se apoderarían del filibustero Walker, apoyándose mutuamente con sus respectivos cuarteles.

El General Valle fué nombrado Jefe de día; era llegada la ocasión e incontinenti dió aviso a Bonilla para que estuviera lista, y avinieron en que Bonilla se pusiera en autos a fin de que no extrañase al primer Jefe, y no llegase a San Francisco a interrumpir la operación; y el primer Jefe, que lo era el General Fernando Chamorro, trató de disuadirlo con maneras, diciéndole: «Que no era necesario el paso; que no había que precipitarse, porque Walker era un hombre culto, que prefería entenderse con la gente decente; que ya casi estaba con los legitimistas, y que pronto daría de mano a los democráticos y pondría la situación en manos de los hombres de bien».

Pocos minutos después de esto, el clarín tocó orden en el despacho de Walker, y los ayudantes de los cuerpos estaban copiando la nueva, que variaba el Jefe de día, Valle, con el Coronel Cerda, legitimista recalcitrante, el mismo que en Ma-

saya abusó gravemente de ese puesto, mandando fusilar a Guevara, su enemigo personal. Así quedó frustrado el plan salvador de la tiránica dominación extranjera. No hay cosa que ciegue tanto como la pasión política, principalmente en las borescosas circunstancias de la guerra civil.

No tardó don Fernando en abrir los ojos a la triste realidad. Al día siguiente del episodio Valle-Bonilla, entró en Granada Jerez con Selva y seis leoneses más, los cuales fueron llamados para deliberar acerca de la organización del gabinete de don Patricio, que ya había inaugurado su Gobierno: fué compuesto de Jerez y otros democráticos, siendo legitimista sólo el General Corral, designado para Ministro de la Guerra. Entonces fueron despertados de sus sueños de rosa los granadinos y vieron disipadas como el humo sus nacaradas ilusiones.

No les había bastado, para sentir la negra decepción, el haber oído las referencias de las terroríficas escenas, del cuadro espantoso del 13 de octubre, con el ruido de las cadenas de más de cien hombres que salieron de los claustros de San Francisco, en donde los tenían como presidiarios por democráticos, y que ese día infausto para Granada lo era fausto para ellos, que vieron lucir el astro de su libertad y terminados los acerbos sufrimientos de los oprobiosos trabajos públicos a que los sometían, y que ese día quisieron lucir sus cadenas por los empedrados y aceras de las casas como aureolas de su martirio, paseándolas por las calles de la ciudad, arrastrando el invicto pendón sobre los empedrados para amedrentar más, si cupiera, a sus verdugos. Bien comprende este espectáculo el lector, si toma en cuenta que entre las víctimas del tormento de las cadenas se cuentan hombres importantes como el Licenciado Tigerino, don Cleto Mayorga, Cantón, Chávez y otros de esta clase.

¿Cómo estarían de levantados y contentos los ex presidiarios, al ver de primer Ministro al doctor Jerez, el caudillo principal de la democracia? ¿Y cuánta no sería la indignación de los legitimistas al ver de esta manera humillada su causa? El golpe fué rudo, y se vió tambalear la razón de varios de sus hombres. ¿Qué se hizo la pueril confianza del General Fernando

Chamorro en la cultura de Walker, que la víspera le había manifestado a Bonilla? ¿Qué dirá de su esperanza de que Walker les iba a poner en las manos la situación, ahora que vió a Jerez en el gabinete?

Los sinceros sentimientos de hacer cesar la guerra que ha destrozado a Nicaragua, expresados por Corral en la parte positiva del tratado de 23 de octubre, se cambiaron a los ocho días completamente, y desatinado, escribe las cartas de 1 de noviembre para el General Martínez, que estaba en Managua, con tropa, cien hombres de guarnición, y a los Generales Pedro Xatruch y Santos Guardiola, encargando a Martínez que mandara a Honduras las dos últimas. En todas las cartas excitaba a moverse para salvar el país, que estaba perdido, etc.

Muy concisas, pero muy peligrosas, fueron aquellas cartas; en ellas se jugaba la vida del que las escribió; no hay duda, el General Corral recibió un golpe en el cerebro, que excitó el gran simpático, para escribir cartas tan comprometedoras, las que llegaron bien hasta Managua; pero las confió el General Martínez a un soldado segoviano que tenía de alta en su tropa, y que se le presentó halagado por la baja y la buena propina ofrecida para que las llevara a sus destinatarios en Honduras, y éste no se fué para aquel Estado, sino para Granada a entregárselas a Walker.

Este soldado que ocupó Martínez para que condujese las cartas a Guardiola y Xatruch, era un democrático, sufriendo por tal causa muchas vejaciones de la tropa legitimista; se dijo entonces que éste, sospechando que dichas cartas eran de interés y contra su partido, manifestó a un personaje caracterizado de Managua, de esos fanáticos políticos, que era también democrático, todo lo que sucedía respecto de aquel paquete que le confiara Martínez. En casa del referido democrático abrieron el paquete y se informaron de su contenido, marchándose después a Granada a ponerlo en manos de Walker. Esto sucedió el 2 de noviembre.

¿Qué fatalidades pesaban sobre el partido?

No habían transcurrido cuarenta días desde que a Fulgencio Vega le había sucedido cosa semejante con otro democrático a quien mandó de espía a los campamentos de Walker en el istmo

para que trajese detalles de la situación del enemigo, yendo en cambio este soldado a poner al filibustero en conocimiento del estado en que se encontraba Granada e invitándole a tomar por asalto aquella plaza como la cosa más fácil y segura; del mismo modo que Martínez confió en aquel soldado segoviano las cartas que cayeron en poder de Walker. Estos hechos le sirvieron: el primero, para la toma de la plaza de Granada el memorable 13 de octubre; y el segundo, para consumar el fusilamiento de Corral el 8 de noviembre, es decir, quince días después de haber firmado el célebre tratado de capitulación.

En menos de un mes se cuentan tres hechos de funestas consecuencias para Nicaragua: el 13 de octubre se derrumba un partido en la plaza de Granada; el 22, el vencedor pasa por las armas al ilustrado joven Mateo Mayorga, Ministro de Estado; y el 8 de noviembre de aquel mismo año, el General Corral es sentenciado a muerte y pasado por las armas, eclipsándose aquel talento militar.

Estos infortunados sucesos hacen pensar que en aquellos tiempos, como en los de peste, hay lo que llaman los Doctores y Profesores de Medicina la constitución médica, que lleva el contagio y la muerte; así también en tiempos de guerra civil, flota en la atmósfera el microbio político que, como el cólera asiático, hace estragos en los pueblos, ciudades y naciones, que se agitan bajo su funesto imperio.

Visto está que hombres tan honorables como los referidos no tenían la intención psicológica para con ojo perspicaz comprender con una mirada, por el aspecto facial del individuo, el carácter bueno o malo, el fondo moral de su alma que se transparenta en su fisonomía. Estas son dotes raras de seres privilegiados por la naturaleza y nadie es culpable de no poseerlas.

Objeto de amarga censura han sido estas desgraciadas acciones, para unos; y de elogios para otros, según la pasión política que los guiaba a escribir, ya en este o aquel sentido, llegando al extremo de pronunciar o escribir esta negra frase: «¡Traición! ¡Traición? ¡Hay cuervos que son cisnes y cisnes que son cuervos...!»

El drama sombrío del 8 de noviembre me trae a la memoria lo que el General Guardiola dijo a su ayudante, Enrique Soló-

zano, cuando ambos iban en marcha para Honduras, refiriéndose a Corral: «Me preocupa la suerte de este General; mucho le gusta la política, escribe mucho y la pluma puede hacerlo caer en un chasco». A esto llamo yo la intuición del porvenir de ciertos talentos especiales, así como puede llamarse candor al empleo u ocupación de enemigos o adversarios políticos en asuntos graves y de peligro para una causa, y de esto encontraremos varias acciones erróneas con propósitos inocentes en el curso de estas narraciones.

Cesaron en sus funciones de Gobierno Escoto y Estrada, retirándose este último para Chontales.

Don Patricio Rivas asumió el Poder, el que siguió ejerciendo como Gobierno *de facto*.

El Derecho de gentes consagra como un principio salvador de las sociedades el respeto y obediencia a esta clase de Gobiernos, y si no se hubiera inmiscuído el elemento destructor de William Walker, que se proponía aniquilar no sólo el istmo establecido en Centroamérica y en toda la América Latina, sino que pretendía exterminar la raza, dejando tan sólo a aquellos que pudieran soportar la condición de esclavos para ocuparlos en la siembra del algodón y la caña de azúcar, el cambio en el personal del Gobierno no habría afectado en nada a las sociedades civiles y políticas, y aun habría sido innecesario el empleo de las armas para impedirlo.

Con el poder de las armas, hombres despiadados y aventureros como Walker y su falange, la revolución del 54 no hizo más que sufrir una transformación, transformación terrible que cambiaba los bellos ideales de alba libertad por los feos principios de la negra esclavitud, que la soberanía de orgullosos extranjeros querían imponer. No calumniamos, allí está la historia de Walker escrita por él mismo, en que así lo expresa franca y paladinamente; él y sus secuaces eran hombres de talento e ilustrados, no se les puede negar, y la clara exposición de sus propósitos demuestra que obraban por convicción arraigada de su superioridad para los negocios, y dominar con la fuerza bruta estas regiones, matando a los nativos para apoderarse del país invocando una falaz filantropía para regenerar

estas sociedades. ;Regenerar! La regeneración y el exterminio son dos ideas opuestas: la primera requiere sagacidad, comedimiento, suavidad para atraer y transformar al hombre rudo en hombre civilizado, y la violencia del orgullo y la soberbia no regeneran; matan.

## CAPITULO XVI

El Doctor Cortés, que tenían prisionero en León, por su misión de paz y arreglo, que los vencedores en Pueblo Nuevo le encargaron, quedó libre por consecuencia de la amnistía y olvido de lo pasado que se estipuló en el tratado de la capitulación del Gobierno legitimista, y se fué a eclipsar en su hacienda, al lado de Tipitapa, sin perder la esperanza de que Nicaragua volvería a laventarse del abismo en que había caído, porque en su concepto la conducta observada por el astuto extranjero revelaba que él no quería terminar la revolución, sino hacerla entrar en otro período, bajo nueva faz.

Elegió a Mayorguita por primera víctima, decía Cortés, obediendo a un cálculo, dando lugar a estas dos ideas igualmente revolucionarias: primera, enervar un tanto el resentimiento de Granada, puesto que la víctima era un leonés, y condensar más de este modo el odio recíproco entre los hijos del país, sobre los cuales quiso Walker hacer recaer la responsabilidad; y segunda, abrir la puerta a la esperanza de servirse él para que lo vengasen de los democráticos, y para integrar esta idea deja de alta a dos Jefes notables, Fernando Chamorro y José Bonilla; acuartelados en el punto más dominante de la ciudad, revelando ante los granadinos desconfianza de los leoneses, lo cual tomaron como síntoma. Walker prefería quedarse con ellos y dar de mano a los leoneses; y de este engaño no participaba solamente el vulgo, sino también los primeros hombres del partido, que repetían con Corral: «Les ganamos con su mismo gallo».

En presencia del común infortunio, se olvidan las rivalidades, porque la desgracia tiene la virtud de unir a los ad-

versarios, haciendo acallar las pasiones; pero cuando éstas han llegado a un grado de vehemencia muy alto, la razón se turba y ciega tanto, que no ve el escollo, aunque tenga a sus plantas el abismo.

Walker era pobre, y los primeros sesenta americanos que trajo el bergantín *Vesta* fueron costeados por Mr. Garrison y Morgan con vapores en el Atlántico y en el Pacífico; querían pasar por el istmo de Nicaragua, para transportar pasajeros a California, cuyas minas de oro atraían una corriente de inmigrantes a aquella región; pero el Comodoro Vanderbilt tenía el derecho exclusivo de navegación por el río San Juan y el Lago, mediante el contrato accesorio de tránsito, y aprovechando la guerra civil en que ardía Nicaragua, esto favorecía la aventura de Walker para deshacer el contrato de Vanderbilt y hacerlo con Garrison y Morgan.

Para sondear el abismo que quedó abierto por el tratado de la capitulación entre los Gobiernos, Estrada y Escoto, caudillos políticos de esa guerra, se hace preciso narrar ciertos hechos que alumbran el fondo oscuro de la negra sima.

En el mismo día 23 de octubre de 1855 que se firmó en Granada el tratado de capitulación y sus artículos adicionales, en que se le dió a Walker el mando en Jefe del Ejército nicaragüense, éste soñó ser el árbitro de los destinos de la República y dueño absoluto de la situación. Por eso fué que en el acto escribió una carta a Mr. Crittender, persona muy competente en jurisprudencia, amigo íntimo y coprofesor suyo, para que indujese a Garrison a cooperar con decisión en el afianzamiento de su naciente poder en Nicaragua, y ofreciéndole suscribir con él el contrato de tránsito por este istmo, y que le mandasen quinientos hombres lo más pronto posible.

La carta la mandó con Macdonald, para que éste explicase el brillante éxito de su empresa militar y la magnífica posición que se había conquistado con el tratado de capitulación, que dejó en sus manos el Poder de las armas de la República, que en estos países constituye el único poder. Macdonald era agente de la Compañía Garrison y Morgan, y no sólo mostró los documentos que lo acreditaban como tal agente, sino que dió prestados al Gobierno veinte mil pesos a interés, librando

unos giros contra Morgan en Nueva York. La firma de este escocés fué atendida por Morgan, pagando los veinte mil pesos, que ingresaron al fondo de guerra, aumentando el orgullo de Walker.

Macdonald fué y vino de California en el vapor *Sierra Nevada*, trayendo cien hombres de los quinientos pedidos; y con él vinieron un hijo de Garrison, el abogado de la Compañía, Mr. Randolph y el amigo de Walker, Mr. Crittender; y tan luego desembarcaron en San Juan del Sur, continuaron su marcha para Granada, cuartel general de Walker.

Los tres abogados: Randolph, Crittender y Walker procedieron a tratar del asunto de tránsito, en presencia del hijo de Garrison. Crittender y Randolph habían estudiado el contrato accesorio de tránsito de Vanderbilt, y con los documentos que Walker había comunicado estuvieron de acuerdo en que se debía declarar insubsistente y se podía hacer otro con la nueva Compañía Garrison y Morgan.

En consecuencia, redactaron las bases del contrato con la otra Compañía, sacando del libro en que las escribieron dos ejemplares: una copia llevó el hijo de Garrison a Nueva York, para que Mr. Morgan las estudiase y diera su opinión, y otra copia llevó Mr. Macdonald a California, a Mr. Garrison, con igual objeto. Mr. Randolph quedó en Nicaragua esperando lo que dispusiesen aquellos socios.

Cinco años hacía que el Comodoro Cornelio Vanderbilt, en excursión explorativa, había hecho subir por el río San Juan una caravana de americanos del Norte, en una gran embarcación que atravesando el lago llegó a Granada. No habiendo entonces hoteles en Nicaragua, se alojaron parte en el convento de la Merced, y parte en la casa del Padre Camilo Solórzano, ahora de los Guzmán; y se fué a embarcar al Realejo para continuar su marcha a California, de donde había venido otro buque al Realejo, con pasajeros que, atravesando el territorio, vinieron a embarcarse en el lago de Granada para salir en piraguas por el río, rumbo al Atlántico.

Por algún tiempo estuvieron pasando por esta ruta los inmigrantes a California, los cuales crearon la necesidad de establecer hoteles, que hasta entonces no los había en Nicaragua.

Había provisiones de boca abundantes y baratas; lo que no había era el personal aparente para el servicio de la mesa a gente civilizada. En Masaya hubo dos casas de hospedaje: la de doña Josefa Abaunza y la de los Coroneles; y fué preciso que en los primeros días hicieran ese servicio personas de las principales, como el Licenciado Lino César y don Leandro Zelaya, para que aprendieran a hacerlo los sirvientes.

Mientras tanto, vino de Nueva York Mr. White, abogado americano de la Compañía de vapores del Comodoro Vanderbilt, y como representante de esa sociedad de millonarios, éste celebró con el Gobierno de Nicaragua un contrato de canalización por nuestro istmo, estipulando el término por el cual se obligaba la Compañía a empezar los trabajos de dicho canal.

Al siguiente día se hizo con el mismo Mr. White otro, al cual se llamó «Contrato accesorio de Tránsito», siendo siempre Director don Norberto Ramírez.

Este Contrato accesorio otorgó a Vanderbilt y Compañía el derecho exclusivo de navegación por vapores en el río San Juan, en el Lago, y en el istmo de Rivas, en el cual debía construir un camino para carruajes hasta San Juan del Sur, donde se habilitó el puerto en donde se construiría una población con el nombre de «Ciudad Pineda». La Compañía Vanderbilt se comprometió a hacer en ese trayecto un camino de hierro para ferrocarriles o por lo menos un tranvía de sangre. Dicha Compañía debía pagar al Gobierno por el uso de todo diez mil pesos anuales, más el 10 por 100 de los productos netos de la empresa.

Cuando Garrison hijo y Macdonald regresaron de Nueva York y California con la aprobación de las bases del nuevo contrato, Walker se resolvió a dar el golpe al «Contrato accesorio de Tránsito» y se dirigió a uno de los cuartos de la casa de la señorita Irene Ohoran, en donde estaba enfermo Randolph, y allí juntos redactaron el decreto por el cual el Gobierno de Nicaragua declaró insubsistente el «Contrato accesorio» de Vanderbilt, porque esta misma Compañía había faltado a la excavación del canal y aun lo había declarado impracticable; y como lo accesorio sigue a lo principal, el contrato de Tránsito, por ferrocarril en el istmo y la navegación del río y lago debía

cesar, puesto que había además la falta de cumplimiento en el pago de los diez mil pesos anuales y la negativa a liquidar los productos para saber y pagar el 10 por 100.

Fundado en estas razones redactó con Randolph el decreto de la insubsistencia del «Contrato accesorio» de Vanderbilt-Walker, el cual dice: «Que ni don Patricio Rivas, ni su Gabinete, sabían nada de lo que él y Randolph estaban haciendo, sino hasta que se lo presentaron ya hecho para que lo firmara».

Don Patricio, que había sido Administrador de la Aduana de El Castillo, tuvo ocasión de gestionar en nombre del Gobierno acerca del pago de los diez mil pesos y del 10 por 100 con el Agente de la Compañía, Mr. Cushing, a quien había encontrado siempre hosco e insolente negando la liquidación y el pago. Por manera que el Presidente Provisorio Rivas no tuvo inconveniente en examinar con sus Ministros el decreto; y encontrando correcto el paso, le puso su firma, sancionándolo para su publicación.

Al día siguiente de declarado insubsistente el Contrato Vanderbilt, Walker presentó el nuevo Contrato de Tránsito por el istmo celebrado con la Compañía Garrison y Morgan por medio de su representante el abogado Randolph, con el mismo sigilo que había hecho el otro; pero don Patricio lo hizo traducir al español y calificándolo como «venta del país» lo hizo modificar en su despacho para darle su aprobación.

Walker, infatuado con su vana presunción de ser él un hombre superior a don Patricio y sus Ministros, atribuía a estulticia la suavidad y agradable tono con que éste resolvía los asuntos; pero en vista de las dificultades que le opuso para firmar el nuevo contrato de Tránsito que había redactado en inglés con su compañero Randolph, empezó a acelerar la implantación de la idea dominante que lo trajo a Nicaragua: la de apoderarse del Estado y gobernarlo en absoluto, proclamándose Presidente.

Para poder realizar este audaz pensamiento necesitaba acrecentar su figura como guerrero en más aventuras militares, y como comprendía que la guerra no se podía hacer sino con mucho dinero, y el que le proporcionaban los enseres de la Com-

pañía Vanderbilt, ya extinta, y lo que pagaría la nueva Compañía Garrison y Morgan no eran bastantes para el sostenimiento del ejército que debía emplear para mantenerse en el Poder e implantar su dominación en todo el territorio de Centro América; era, pues, necesario intentar otra aventura.

Mr. Pierce, Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, se negaba a reconocer oficialmente al Gobierno Provisorio de don Patricio Rivas, nacido del tratado de paz celebrado con Walker, al cual calificó el Ministro Marcy: «*El resultado de una correría militar afortunada*».

Los gobernantes de Centro América también se negaron a reconocerlo.

Los periódicos de Costa Rica tronaban contra Walker y la turba de americanos que en Nicaragua amenazaban al país. Costa Rica estaba próspera y de allí podía Walker sacar muchos recursos para la guerra; y como por otra parte era la más pequeña y de menos habitantes, en su orgullo insensato pensó que era la más fácil de vencer y explotar, mientras sus agentes en el Sur de los Estados Unidos se entendían con la sociedad de esclavistas para que dieran su cooperación, ofreciendo establecer la esclavitud en estas regiones, en donde con el trabajo forzado del indio, en tierras feraces como éstas, el capital tendría empleo remunerador con los frutos tropicales.

Mandó en consecuencia a Costa Rica a un tal Slinager, con el objeto ostensible de inspirar confianza a su Gobierno sobre las intenciones pacíficas de Nicaragua y de solicitar la reconcentración de los emigrados políticos que estaban en El Guacaste, el cual fué considerado como un espía y regresó pronto, diciendo que lo hacía por temor de ser perseguido.

Cuando este emisario regresó había llegado Goicuría de Nueva Orleáns con doscientos cincuenta hombres para Walker, quien los exhibió a Padilla que había venido de El Salvador con la misión de reconvenir a don Patricio por el aumento de tropa americana, porque consideraban el aumento de extranjeros en el ejército nicaragüense como una amenaza no sólo para Nicaragua, sino para todos los países de Centroamérica.

Además de ese alarde que hizo Walker de los doscientos cincuenta hombres que acababan de llegar de Nueva Orleáns,

les dió otro destino práctico: con ellos organizó lo que él llamó un batallón de cinco compañías de cuarenta hombres cada una, al mando de Schlessinger. Inmediatamente se los remitió por agua a La Virgen, para que de allí continuaran rumbo a El Guanacaste a tomar posición, colocando, según él se expresaba, una avanzada para que no se apoderase el enemigo del tránsito de los pasajeros para el istmo, el cual debía conservar a todo trance.

Gente colectada en Nueva Orleáns, entre los vagos y viciosos del Sur, sin ninguna disciplina y comandados por un hombre inexperto en la milicia, cometiendo, por consiguiente, toda clase de merodeos en el camino, los habitantes del tránsito, que eran víctimas y enemigos de Walker, también eran conocedores de todos los vericuetos e iban a dar cuenta de todo al Guanacaste; de modo que cuando ocuparon la hacienda Santa Rosa, ya los costarricenses, que venían con fuerza suficiente, los atacaron y deshicieron en ese punto, distante de la primera ciudad de El Guanacaste una avanzada a más de dos jornadas de San Juan del Sur.

Los derrotados estuvieron saliendo a Rivas, La Virgen y San Juan durante ocho días, descalzos, sin sombrero y el vestido hecho andrajos, por las malezas de los bosques por donde anduvieron perdidos.

No podía ser otro el resultado de este modo de hacer la guerra, todo por el ciego modo de juzgar a sus americanos hombres superiores que podían dominar a los hombres del país.

Walker dijo que nombró Comandante en Jefe de esa fuerza a Schlessinger porque la mayor parte de esos hombres eran alemanes y franceses, y este Jefe hablaba los dos idiomas y además el español, que era el que se hablaba en El Guanacaste, haciéndolos salir inmediatamente porque ese día recibió la declaratoria de guerra del Gobierno de Costa Rica a los americanos que estuviesen armados en Nicaragua.

Por esto fué que tan luego llegó Schlessinger derrotado a Granada se supo también que los costarricenses, comandados por el General Mora, estaban ya en Nicaragua, ocupando la ciudad de Rivas, y Walker trató de reunir a todas las fuerzas

americanas que estaban en diferentes puntos para ir a atacar a Mora.

El Presidente Provisorio Rivas, con el Ministro Jerez y los demás del Gabinete, se trasladaron a León, quedando Ferrer en Granada para proveer más de cerca las necesidades del ejército.

Muchos americanos y demás extranjeros pidieron su baja; otros desertaban y las mujeres y demás particulares pedían pasaportes para abandonar el país, y Goicuría salió en misión financiera a contratar en Nueva Orleans un empréstito de medio millón de pesos con la garantía de un millón de acres de tierra. Todo en concordancia con los ofrecimientos anteriores de establecer la esclavitud en Nicaragua.

Walker marchó a Rivas a atacar a Mora llevándose toda la fuerza americana con los Jefes más valientes y distinguidos que tenía, librándose en esa ciudad una sangrienta batalla, siendo derrotado por segunda vez el 11 de abril como lo había sido el 29 de junio. En ambas acciones Walker peleó personalmente.

Eran, con la de Santa Rosa, tres las derrotas sufridas por los orgullosos americanos, a quienes Walker atribuía superioridad sobre los hijos del país, que peleaban con fusiles de inferior calidad a sus rifles más modernos.

El Presidente Provisorio permanecía en León y Walker fué allá a gestionar que se anulasen las elecciones que se habían practicado conforme un decreto anterior y se dictase otro decreto convocando a los pueblos de Nicaragua a nuevas elecciones. La pretensión era absurda y tan enojosa que debía dar por resultado el rompimiento que él deseaba para obrar por su propia cuenta; pues decía que *para reorganizar a Nicaragua era preciso saber cuál sería el lugar que en la sociedad vieja vendría a ocupar la sociedad nueva que venía a formar el elemento americano, que tarde o temprano podían tener un choque, para lo cual debían prepararse los medios de que el elemento nuevo prevaleciese sobre el viejo; medios que Rivas rechazaría, aunque se le propusiesen, por lo cual era necesario un cambio radical en el personal del Ejecutivo, y convencido que todo esfuerzo en ese sentido era inútil, regresó a Granada. Aunque al salir Wal-*



**General don Máximo Jerez**

ker de la metrópoli no se notó nada que diese a conocer el rompimiento con el Gobierno, él salió convencido que el que él creía manso cordero se había transformado en fiero león. El había dejado ocupadas las torres de la Catedral con piquetes de fuerzas americanas y el General Jerez, como Ministro de la Guerra, dió orden a estos americanos que bajasen, para ocupar esas posiciones con fuerzas del país.

No le quedó duda a Walker que todo se le había cambiado, y mandó que los americanos que estaban en Chinandega y León se le reuniesen en Granada. La opinión del pueblo de León y Chinandega se manifestó uniformemente contraria a los extranjeros de Walker; y el Gobierno se fué a Chinandega para estar más cerca del Salvador, con cuyo apoyo contaba, conforme lo convenido confidencialmente con el comisionado Padilla, en virtud del cual se dictó el decreto destituyendo a Walker de todos los Poderes y facultades de que se le había investido durante la situación violenta que había creado el próspero suceso de las armas.

Este decreto fué publicado con solemnidad y el pueblo nicaragüense se irguió para sacudir el yugo que Walker quería imponerle. El Gobierno comunicó el decreto a todos los demás de Centro América y a sus Ministros en el extranjero. El Doctor Gregorio Juárez fué acreditado Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno del Salvador, el cual fué recibido en su carácter público; y el Doctor Arbizu, en representación del Gobierno del Estado del Salvador y el Doctor Juárez en la del de Nicaragua, celebraron el tratado de reconocimiento del Presidente don Patricio Rivas, que facilitó la coalición de todo Centro América contra Walker.

Los nicaragüenses no habían expiado aún sus grandes y graves faltas cometidas en la dilatada guerra civil entre legitimistas y democráticos, o sea *Chamorristas* y *Jerecistas*; y el brillante triunfo del 11 de abril, adquirido por los valientes hijos de Costa Rica, se frustró porque el terrible cólera morbus invadió a Rivas, teatro de sus gloriosas hazañas, y los obligó a alzar el campo y regresar a su país, dejando sepultados en el camino a muchas víctimas de tan espantoso flagelo; y quedó sin cegar la sima oscura del abismo que habían abierto los desaciertos de los políticos nicaragüenses.

## CAPITULO XVII

La retirada del Ejército costarricense prolongó por más tiempo los sufrimientos de la desgraciada Nicaragua, porque Walker creyó que tenía tiempo para desarrollar su negro y vasto plan de esclavizar al país, haciéndose él Jefe del Gobierno centroamericano, comenzando por serlo de Nicaragua, para lo cual halló la complicidad del Licenciado Ferrer y la del General Pineda.

Con este propósito, nombró por sí y ante sí al Licenciado Ferrer Presidente provisorio, y éste nombró a Pineda su Ministro General y dió un decreto convocando a los pueblos para que eligiesen Presidente de la República. Ni la constitución de 1838 que en el tratado de paz de 23 de octubre que por sarcasmo había jurado Walker respetar, ni ley ni costumbre alguna, autorizaban semejante proceder; sin embargo, se fingió una elección con sufragantes inventados, y Ferrer y Pineda hicieron un pseudo-escrutinio de millares de votos imaginarios en favor de Walker, y lo declararon electo Presidente de Nicaragua.

En la plaza pública de Granada tomó posesión de la Presidencia Walker, sin que faltase a la risible ceremonia el aparato político, militar y aun el religioso: farsa que habría sido divertida si no hubiera entrañado serias desgracias para el país.

No era un asalto en despoblado el que Walker hacía de la soberanía de la nación en pleno día. No era ya la travesura de ciertos rábula que de las ciudades del centro salen a los lugares remotos y se apoderan de infelices alcaldes de pueblos para hacerlos sus autómatas, como este rábula togado, acom-

pañado con Randolph, se portaron en el negocio «Garrison Morgan». No; Walker ya no quiso obrar por medio de otro, sino por sí mismo; prescindiendo de don Patricio se proclamó Presidente, tomó en sus manos el Tratado de 23 de octubre y con interpretación sofisticada, lo invocó para paliar la clínica usurpación del Poder, y dijo: «Vencedor en esta plaza, ¡el botón es mío!»

En efecto, desde esa fecha se soñó dueño absoluto del Poder y pensó en el modo de afianzarlo en sus manos, el cual no era otro que el de aumentar el elemento yankee, y cambiar el personal gubernativo, para legislar en el sentido de transformar el país. «No sólo el Estado, sino también la familia debían ser reorganizados.» «No era necesario modificar la forma secundaria del cristal, sino cambiar radicalmente la hechura primitiva, para lo cual se necesita emplear nueva fuerza.»

No era la fuerza del talento político; porque los principios de la filosofía materialista no daban cabida en su cerebro a los nobles sentimientos de la civilización, implantados por la humanitaria religión cristiana; era la fuerza bruta del cañón y el rifle, importados por los nuevos habitantes, que debieran llegar con la misma preocupación de superioridad que dominaba a Walker; era la fuerza que llamaba en su apoyo, obedeciendo al cálculo frío de un futuro choque con los antiguos habitantes, *que tarde o temprano opondrían la fuerza para resistir el tratamiento duro y cruel de gente orgullosa y altanera como ellos*, y encontrar con este motivo la ocasión de exterminar a los nativos, como ya lo habían aconsejado otros escritores despiadados. Entre estos salvajes pensamientos estaba el de Schlesinger.

Al inocular en la nueva sociedad de Nicaragua el elemento americano, Walker tomó en cuenta sus ideas acerca del capital y del trabajo, conforme las tenían los esclavistas del Sur de los Estados Unidos, las cuales sirvieron de piedra angular de su decreto de 22 de noviembre, el cual, por creerlo de algún interés para el lector, lo inserto literalmente, agregando a continuación las glosas que el mismo Walker le hace en su leyenda. Dice así:

1º Considerando: que la Asamblea Constituyente de la Re-

pública, el 30 de abril de 1838, declaró al Estado libre, soberano e independiente, disolviendo el pacto que la Constitución federal estableciera entre Nicaragua y los demás Estados de Centro América.

Considerando:

2º Que desde la fecha mencionada Nicaragua ha estado realmente exenta de los deberes que le imponía la Constitución federal.

3º Considerando: que varios decretos no convienen a la presente situación de la República y son contrarios a su bienestar y prosperidad, lo mismo que a su integridad territorial.

Decreta:

Art. 1º Todos los actos y decretos de la Asamblea nacional constituyente, lo mismo que del Congreso federal, se declaran nulos y de ningún valor.

Art. 2º Ninguna de las disposiciones aquí contenidas podrá afectar los derechos poseídos hasta el día, en virtud de los actos y decretos que por el presente quedan revocados.»

Walker, basado en esta disposición, pensó que el decreto federal que abolió la esclavitud en Centro América quedaba revocado, y que por consiguiente el restablecimiento de la esclavitud era estrictamente legal; y que el espíritu e intención del decreto era abrir el camino para que se introdujese nuevamente, y que fuera o no una sabiduría, él envolvía la sabiduría del movimiento americano en Nicaragua, una vez que la permanencia de la raza blanca en esta región dependía del restablecimiento de la esclavitud.

Walker, en su frío cálculo, expresaba sus sentimientos materialistas, obcecado en sus preocupaciones antropológicas. Dice: «La introducción de la esclavitud negra en Nicaragua proporcionaría un número de trabajadores constantes y seguros para el cultivo de los productos tropicales». «Con el negro esclavo como compañero, el hombre de la raza blanca se volvería fijo en el suelo, y ambos acabarían con el Poder de la

raza mixta, que es la peste de ese país.» «El indio puro entraría pronto en la nueva organización social (en la esclavitud), pues no tiene propensiones al Poder político, y sólo pide protección a su industria.» «El indio de Nicaragua por su fidelidad, lo mismo que por su disposición al trabajo, se acerca mucho al negro de los Estados Unidos y pronto adoptaría la costumbre y hábitos de éste.» «En realidad, la conducta del indio para con la raza blanca dominante es más sumisa que la del negro de América para con su amo.» Es tal su vanidad y presunción yanqui, que dice: «El trabajo de la raza inferior no puede competir con el de la raza blanca, a menos que no se le dé un año blanco para dirigir su energía».

El intruso legislador, que con el decreto que atrás se ha insertado abrió la puerta al trabajo forzado del esclavo para el cultivo del terreno, dictó otros decretos tendentes a facilitar el apropiamiento de tierras a favor de la raza blanca. Oigámosle:

«La diferencia de idiomas entre los miembros de la antigua sociedad y la porción de la raza blanca que necesariamente debía predominar en la nueva, al propio tiempo que servía para alejar los varios elementos, proporcionaba también los medios de sistematizar las relaciones entre las diferentes razas. Con el objeto de que las leyes que se dictasen fueran ampliamente conocidas, se emitió un decreto por el cual se disponía que fuesen publicadas en inglés y en español, disponiéndose en otro artículo que todo documento de interés público tendría el mismo valor siendo escrito en cualquiera de los dos idiomas. Según este artículo, los procedimientos de todos los Tribunales de Justicia podían ser escritos en inglés, sin que fuera preciso disponer que lo fueran solamente en este idioma; la simple permisión era bastante para obtener el objeto deseado.» «Los conocedores del Derecho comprenderán fácilmente las grandes ventajas que proporcionaba a los que hablaban el inglés y el español, sobre aquellos que sólo poseían el último de estos idiomas.»

El decreto sobre el uso de estos idiomas tendía a hacer que la propiedad de los terrenos cayese en manos de los que hablaban inglés.

Se promulgó otro decreto declarando adjudicadas a favor de la República todas las propiedades de los enemigos del Gobierno y se nombró una Junta de Comisionados con facultades administrativas, económicas y judiciales, en virtud de las cuales podía citar testigos ante su despacho, examinarlos y dictar sentencia; tomar posesión de bienes confiscados, venderlos o adjudicarlos en pago de servicios prestados a la Nación mediante un certificado militar. Por otro decreto se creó una oficina de Registro para los títulos que la Junta de Comisionados librase, lo cual sellaba la garantía de su propiedad a los servidores del Estado. ¡A los americanos servidores de Walker!...

El Estado eran Walker y su falange. Entonces casi nadie hablaba el inglés, de los nicaragüenses; éstos eran todos enemigos suyos, y siendo estas leyes en contra de los nativos y sus propiedades, pues las expropiaciones eran generales, pronto comprendimos que se nos trataba como país conquistado.

Todos estos decretos, dice el mismo Walker, «tendían a un mismo fin general: el de colocar una gran parte del territorio del país en manos de la raza blanca». Este era un aliciente para atraer a los americanos a Nicaragua, halagándolos en el pago seguro «con el terreno fértil de los trópicos», que podrían cultivar con «el trabajo forzado de los indios esclavos» que la ley les facultaba adquirir y con lo cual adquirirían fortuna y «ejercerían la preponderancia» porque la autoridad en manos de los anglosajones protegería su orgullo insensato y la refinada soberbia de Walker.

Preparado de este modo el repartimiento de su botín en teoría, para luego llevarlo a la práctica, envió a Goicurúa con todos estos decretos a Nueva Orleans para hacerles propaganda entre la comunidad de esclavistas del Sur, para que viniesen a hacerse con terrenos en Nicaragua, con los cuales pensaba adquirir mucho dinero para el sostenimiento de la tropa que necesitaba para la guerra que probablemente le harían los demás Estados de Centro América. Si la propiedad raíz de las empresas rurales era una fuente abundante de recursos, era mayor la de la población de indios nativos destinados a la esclavitud, y había que explotar este rico filón

de la mina humana. Goicuría era un excelente corredor de negocios y esta comisión la desempeñó a maravilla.

Mr. Soule, banquero y miembro del Senado americano, era una gran personalidad en el partido esclavista, y bien informado de todo lo que Walker era en Nicaragua vino a estudiar el negocio y a solicitar ciertas modificaciones al contrato del empréstito de medio millón de pesos y de la garantía del millón de acres de tierra. Soule era de aspecto agradable; su elegante porte y su aire distinguido le hacían simpático; hablaba bien el español y sus finos modales los gastaba no sólo con la aristocracia, sino también con la gente del pueblo, a quien atendía muy bien, y de consiguiente él fué tratado del mismo modo.

El concepto que expresó de esta gente fué de este modo: «La docilidad de los nicaragüenses nativos, especialmente de los indios, es grande, y si se les trata con suavidad y persuasión se les puede llevar a cualquier parte». Con la respetable opinión de un caballero como el señor Soule, comenzaron a fijar su mirada en Nicaragua los esclavistas norteamericanos, que ya preveían el golpe que iba a sufrir su capital con la abolición de la esclavitud en aquella gran República, en cuyo Congreso el partido antiesclavista de los Estados Unidos del Norte estaba adquiriendo asombrosa mayoría, por lo que Walker soñaba que el indio criollo de Nicaragua iba a ser una mercancía de gran demanda en los Estados del Sur, y que los iba a hacer figurar en su sistema financiero, elevando a una cifra fabulosa su tesoro.

En el Cuerpo Diplomático de Washington se trabajaba contra tales disposiciones del filibusterismo en Nicaragua con los trabajos del Ministro Marcoleta, y el antiesclavismo prevalecía en el Gabinete, rechazando toda inteligencia con las autoridades intrusas, a las cuales conceptuaba el Ministro Marcy «el resultado de una correría afortunada de las armas».

En los demás Estados de Centro América ocuparon la prensa liberales distinguidos y escritores de la talla de Barrundia y García Granados, en Guatemala; Hoyos y Barrios, en El Salvador, y Montúfar y Fernández, en Costa Rica. Todos combatían a Walker y levantaban el espíritu de los pueblos y Gobiernos hermanos para lanzarse a la lucha por la libertad e

independencia de estos países, amenazados de muerte desde la brusca invasión de El Guanacaste, y celebraban con entusiasmo las victorias de Santa Rosa y Rivas, execrando después el procaz asalto que hizo Walker de la Presidencia y su rapaz legislación sobre las propiedades y el restablecimiento de la esclavitud en Nicaragua.

No era menos odiado Walker en Honduras, pero aparecía remiso y hay que buscar la causa. Debe narrar el cronista los hechos que dan la clave de ese fenómeno político; después del desastre del partido legitimista el memorable 13 de octubre, emigramos a Honduras los caídos de Nicaragua, porque nuestra caída coincidió con la del Gobierno del General Cabañas, levantándose el partido *cachureco*, del cual era caudillo el General Guardiola y candidato a la Presidencia.

Para la elección del Presidente que debía suceder a Cabañas, fué preconizada la candidatura Guardiola, que llegó a los comicios apoyada por el vencedor de Masaguara, General don Juan López, y era lógico su triunfo. Esta era la situación política de Honduras en aquel entonces. El Presidente Estrada y el General Martínez fueron de los principales que llegaron a Tegucigalpa, ciudad culta que, como Granada, es el asiento principal del *cachurequismo* hondureño y acogió benévola a los emigrados, brindándonos la más exquisita hospitalidad y haciendo eco a la opinión de cooperar con el Estado a la expulsión de los filibusteros de Nicaragua: hasta las señoritas, en las grandes reuniones de familia a que se nos invitaba, tomaban la copa de champaña y brindaban por que Honduras se levantara en masa para lanzar del suelo nicaragüense a Walker.

Pero llegó don Fulgencio Vega de tránsito para Guatemala y se mezcló en la política, dejando consigna de hacerle oposición a la candidatura Guardiola. No fué de esa opinión el autor, y colocado en la oficina del General López, cuya victoria sobre Cabañas lo hacía árbitro de Honduras, trataba de disimular, lo que le parecía imprudencia y aberración de nuestros prohombres del partido, para poder ensayar influencia oportunamente en el asunto patrio.

El General Guardiola en el Poder de Honduras no quería comenzar su Administración en un país empobrecido por los

gastos hechos por el ex Presidente Cabañas en auxiliar a los democráticos de Nicaragua contra los conservadores, que auxiliaba Guatemala contra el Gobierno de Guardiola. No quería tocar a los propietarios exigiéndoles dinero para el sostenimiento de las tropas que mandase a Nicaragua. Había, pues, que vencer esa repugnancia de Guardiola, y que buscar los medios de conseguirlo. La suegra del General López, el vencedor de Cabañas, era la viuda del Coronel Gutiérrez, que había ganado algunas batallas en el Estado, señora muy versada en los asuntos de la política, instruida y de muchos recursos intelectuales; su ventajosa posición social le daba un puesto entre los estadistas hondureños, y estaba íntimamente relacionada con doña Anita de Guardiola, linda señora, alta y esbelta como una palma: era una belleza griega, de carácter suave y afable, ilustrada y agradable, tenía dotes diplomáticas, y estas dos importantes mujeres, Anita y Margarita, veían con interés el asunto de la guerra contra Walker y se mostraban decididas a prestar su eficaz influencia con el Presidente.

Guardiola cedió y pudimos lograr que diese el decreto de contribución con doce mil pesos, y que mandase reunir las milicias de Gracias y Santa Bárbara. El vencedor de Masaguara, el General Antonio López, fué designado para mandar esa fuerza, formando el Estado Mayor López, primer Jefe; segundo, Xatruch, Florencio, y Mayor, el autor, y los mandó situar en Nacaome, cerca de la Brea, en donde había la gran Bodega de las mercancías, registradas en Amapala, puerto de Honduras en el golfo de Fonseca.

Yo me manifesté contento con aquella poca fuerza, por su significación moral y política en la guerra, porque ya las fuerzas de Guatemala y el Salvador habían pasado para el teatro de la guerra y Guardiola me decía: «Esta pequeña columna de hondureños va a sonar por allá como si fueran dos mil hombres». Además me decía: «No sólo vamos a mantenerla en buen pie, reponiendo las bajas, sino que vamos a ir aumentándola». En Nacaome permanecemos por bastante tiempo, hasta segunda orden. Pensamos aumentarla.

De Amapala se nos comunicó que había aparecido en el Golfo un barco pequeño, y que a la lancha de Bachiche le ha-

bían hecho dos disparos de cañón, dándole caza, habiéndole quitado unos cerdos que traía a bordo; acto continuo la soltaron. Se dió orden al comandante de Amapala que, si se acercaba al puerto, procurasen ver si se ponía al alcance de sus cañones y lo desluciesen a balazos, si podían. El robo de los cerdos era señal que eran filibusteros, que armados en corso, ejercían la piratería; y nosotros llevamos parte de la fuerza a San Lorenzo, estero profundo del Golfo, en donde hay un desembarcadero fácil; se practicó un reconocimiento y dejando unos cien hombres con instrucciones volvimos a Nacaome, y se dió parte al Gobierno en Comayagua.

Mientras se hacían los trabajos para organizar la fuerza que se situó en Nacaome, también el Licenciado Estrada mandó a las haciendas de Chontales a Dolores Martínez, en comisión a traer fondos de los propietarios que de Granada habían emigrado a ellas con el objeto de repatriarse y reinstalar en Somotillo el Gobierno legitimista y procurar fuese reconocido como el único Gobierno de Nicaragua y levantar fuerzas para combatir a Walker...

Con algo de dinero que trajo don Dolores Martínez, Estrada, Martínez, el General y los Jefes militares emigrados que estaban en Tegucigalpa, se bajaron a Somotillo y organizaron su Gobierno como lo tenían pensado. El General Martínez marchó con Bonilla y el cuadro de oficiales para Matagalpa, para mandar cien indios desarmados que llevasen las armas que del Salvador llegarían al puerto El Bejucal del Golfo de Fonseca en el departamento Choluteca, como lo verificaron; y el Presidente Estrada se trasladó al Ocotal, cabecera del departamento de Segovia, que era muy adicto a los granadinos, y allí hizo el asiento de su Gobierno.

Este hecho fué considerado impolítico, porque hacia renacer las divisiones de partido en los momentos en que Nicaragua debía aparecer homogéneo y compacto, y sus hijos todos unidos contra el enemigo común. La aparición de otro Gobierno en el teatro de la guerra, que lo era Nicaragua, presentaba un grande obstáculo a la unidad de acción en las operaciones militares de los ejércitos del Salvador y Guatemala, que ya ocupaban la ciudad de León, residencia del Gobierno de don Patricio Ri-

vas, con quien se habían celebrado tratados, y estaban haciendo las debidas combinaciones con Costa Rica.

Los Generales López y Xatruch ponían su influencia con legitimistas y democráticos, a efecto de que se entendiesen para que no hubiese división en Nicaragua, y lo mismo hacían los Generales Paredes y Belloso, de los ejércitos de Guatemala y El Salvador; en las cartas de los Generales hondureños tenía intervención el autor: todo con el beneplácito del Presidente Guardiola.

Cuando se trabajaba con empeño por la unión llegó a Nacaome la funesta noticia de que el Presidente Estrada había sido asesinado en el Ocotol. Dos días antes de esta noticia habían estado con nosotros don Pedro Joaquín Chamorro y el Doctor Figueroa, costarricense a quien llevaba como Secretario de una Legación del Gobierno de Estrada cerca del de Guatemala, con el objeto de que fuese reconocido oficialmente. Estrada como único Gobierno legítimo, y pusiese su influencia con los otros Estados para que hiciesen el mismo reconocimiento y dar sus órdenes a los Jefes de sus respectivos ejércitos para que les prestasen su apoyo y combatir a los filibusteros de Walker. Les parecía mentira a los Generales López y Xatruch que hubiese hombres que en aquellos momentos de suprema angustia para la Patria, ante una guerra asoladora, estuviesen pensando en cosa tan chiquita como lo era la preferencia o preponderancia de un partido.

El asesinato del Ocotol fué muy sentido en Nacaome, pero aún se creyó oportuno para reanudar los trabajos de unión y así se escribió a Paredes y Belloso, encomendándose al autor la misión confidencial para el General Martínez, acampado en Matagalpa, con cuyo objeto me custodió hasta el pequeño pueblo de San Marcos de Colón una compañía de granaderos grancianos.

Cuando llegamos al pueblo, un individuo llamado Eusebio Zelaya de Somotogrande, tomando por guatemalteca mi fuerza, visitó al Jefe de ella refiriéndole que el Alcalde de ese pueblo había recibido del Presidente Estrada un decreto, por medio del cual se imponía una contribución forzosa para el sostenimiento del ejército destinado a combatir a los filibusteros.

y pidiendo bestias para montar una caballería; y el referido Alcalde se había dirigido al Gobierno Rivas, que residía en León, preguntándole si debía o no publicar aquel decreto, habiendo recibido contestación del Ministro Salinas, de que «no estaban obligadas las autoridades de Segovia a obedecer ni acatar órdenes de otro Presidente que el establecido en el Estado, que lo era don Patricio Rivas, y que, en consecuencia, el del Licenciado Estrada era un Gobierno intruso».

La fuerza que tenía Estrada para su sostenimiento se la había cedido a don Pedro Joaquín Chamorro, quien se dirigía a Guatemala, y ésta iría a custodiarlo hasta la frontera de Honduras, habiendo quedado en el cuartel solamente diez soldados bajo las órdenes de un oficial.

Del Ocotal les llegó a Somoto la noticia de lo indefensa que estaba aquella plaza, y entonces dispusieron tomarla, yendo los caudillos democráticos al caserío de Sábanagrande donde reunieron unos partidarios armados de fusiles y machetes, haciendo lo mismo en Totogalpa, y sorprendiendo después la plaza del Ocotal en Totogalpa hicieron lo mismo, y sorprendieron el cuartel en ocasión que algunos soldados andaban por otras partes de la ciudad; y con los primeros disparos de fusil huyeron, y los empleados del Gobierno huyeron al lado de Dipilto pasando el río, mojándose; pero Estrada no pudo, lo alcanzaron en la costa del río los de arma blanca, y allí lo mataron.

Conversaba con éste, que decía ser Secretario del Alcalde, cuando llegaron a visitarme don Pedro Laríos, dueño de la hacienda de Colón, don Manuel Calderón y don Pío Castellón. La cordialidad del saludo de estos amigos desengañó al otro visitante de su error de haberme tomado por guatemalteco; se despidió, montó a caballo y salió del pueblecito precipitadamente. Los amigos, cuando estuvimos solos, me informaron que aquél era un mal hombre; yo les referí todo lo que me había narrado acerca de los antecedentes que habían tenido lugar respecto de la contribución decretada por el Licenciado Estrada, la correspondencia de Salinas y la determinación, tomada en Somoto, de eliminarlo: y ellos confirmaron los conceptos de la narración de dicho hombre.

Yo le referí que, entre Nacaome y Choluteca, me había encontrado con el General Trinidad Salazar, y que habíamos conversado de la situación de Nicaragua; que las fuerzas del Salvador y Guatemala y las de Nicaragua estaban en León, procurando que no hubiera más que un solo Gobierno para abrir la campaña contra los filibusteros; y que en Choluteca había sabido que el Jefe del Gobierno granadino había muerto en el asalto del cuartel del Ocotál: que era posible que ahora se unificaría la acción de todo el país para combatir al único enemigo, que era Walker; que éste había fusilado en Granada a su hermano Mariano Salazar.

Los amigos me dijeron que era cierto todo: que así lo refirió en el Ocotál el General José Bonilla, quien de Matagalpa había venido con una fuerza a recoger a los dispersos el día de la catástrofe; que éste había llevado a don Nicasio del Castillo para ponerlo al frente del Gobierno legitimista, en reposición de Estrada; que se llevó a todos los que habían salvado la vida, pasando la frontera hasta Danlí, los cuales eran J. León Bendaña, Ignacio Padilla y otros, y éstos se habían juntado ya con el General Martínez, Chamorro, Fernando, Dolores Estrada, Francisco Gutiérrez y otros; que don Nicasio estaba funcionando en Matagalpa, como Presidente, y Martínez como Jefe de las armas; que tenían un pie de ejército, y que el Jefe había mandado con tropa a Estrada a San Jacinto para dar garantía a los hacendados.

Todas estas noticias las condensé en una larga carta que escribí al Presidente Guardiola, y la incluí abierta con su respectiva cubierta para que se informara de todo el General López, y Xatruch en Nacaome, y la mandase a Comayagua, y a mi Jefe le decía que devolvía con el capitán la compañía, porque sólo se me había dado dinero para sueldo de ocho días, y que mi misión demandaba triple tiempo, atendida la distancia que había, para hablar con las personas que se habían internado tanto en el territorio de Nicaragua. Despaché la tropa, para internarme con mi ayudante y el vaquiano que me proporcionaron los amigos.

Salí de San Marcos de Colón, pueblecito limítrofe de Honduras, y sin tocar con ninguna población llegué a Estelí. Ami-

gos míos los Lanuza me acogieron benévolos, y me informaron que el General Martínez se había reunido en Metapa con el doctor Cortés, Guzmán, Avilés y otros de los principales granadinos; y de allí se había ido para León, en donde se hallaba; que se sabía que los filibusteros habían atacado a San Jacinto, y que Estrada los había derrotado.

Los Lanuza eran personas muy vivas y muy experimentados en asuntos políticos y revolucionarios; en su casa dormí, tomé la resolución de ir, antes que a Matagalpa, a Metapa, en donde mi familia tenía una hacienda de ganado, y de allí era conocedor de todos los vericuetos por donde podía comunicarme con los habitantes de la circunscripción de San Jacinto, y con el consejo de tan sensatos sujetos continué mi marcha para pernoctar en la hacienda. El mandador me informó que todas las familias de las haciendas vecinas se habían retirado a los lugares montañosos que ya conocía, y que entre esas familias estaba el doctor Cortés con unos heridos de la acción de San Jacinto a quienes estaban asistiendo.

El doctor Cortés había recibido un correo de Matagalpa, con carta del General Martínez, invitándole para que saliese a Metapa, por donde pasaría él para León, a tratar de la unión de los partidos, y quería oír su opinión y que allí llegarían don Augusto Avilés y otros amigos: Cortés asistió con prontitud, de modo que llegó simultáneamente con Martínez dos horas antes que los demás y pudo leer el primero las cartas de los Generales guatemaltecos Solari y Paredes, las de los Generales Belloso y López, del Salvador y Honduras, y de expresarle con claridad su opinión, a saber, que era probable que los otros amigos convendrían en darlo todo por la unión, menos por la Presidencia; pero él debía sacrificarlo todo por el triunfo de la causa nacional; que era necesario sacar del país a Walker unidos los nicaragüenses en un solo Gobierno. El General Martínez se manifestó de acuerdo en todo con el doctor Cortés, y éste le recalcó por último la unión a todo trance. «Piense, General, le dijo, que éste es un acto trascendental; fíjese usted que de aquí depende su porvenir.»

Llegaron al rato Guzmán, Avilés, Argüello, Arce y Chamorro; y después de leer las cartas de los Generales de Guate-

mala, del Salvador, Honduras y Nicaragua, y de considerar el asunto por todas sus faces, convinieron en unirse cediéndolo todo, pero salvando el principio de autoridad que representaba don Nicasio del Castillo. Ya estaba prevista esta salvedad de los legitimistas en la Convención con el doctor Cortés, y Martínez acompañado de Guzmán marchó para León.

En mi conversación con el Doctor Cortés, referente a la prisión de don Mariano Salazar, hecha en alta mar por un buque de guerra, cuya existencia nos comunicó hasta Nacaome el Comandante de Amapala junto con la noticia del robo de unos cerdos a la embarcación de Bachiche, le pregunté que cómo habría adquirido Walker ese buque, y el Doctor Cortés me dijo que ese buque era de don Mariano Salazar y de Mr. Morton en Compañía; y que éste arribó a San Juan del Sur en negocios de comercio, habiendo sido embargado pretextando que no llevaba sus papeles en regla, y lo declararon buena presa por pertenecer a un enemigo de la causa, como era Salazar; que el buque llevaba el nombre de *San José*, el cual fué cambiado por el de *La Goleta Granada*; la armaron en guerra para llevar a cabo sus piraterías cruzándose el golfo de Fonseca.

Cierto era lo que el Doctor Cortés me decía entonces, y para dar a conocer los detalles de ese hecho voy a copiar lo que sobre el particular escribió Walker, y hago esta referencia porque en ella aparece un tipo fatídico de esa época, funesta para Nicaragua y para Centro América; es como sigue:

«La goleta *San José* había sido comprada por Mariano Salazar en sociedad con Mr. Morton. El vicecónsul americano en El Realejo, Mr. Janfreau, dió carta libre de navegación a dicha goleta y permitió que el buque enarbolase la bandera americana. Con esta confianza entró al puerto de San Juan del Sur. Pocas horas después de haber anclado en el puerto dicha goleta fué embargada por no tener sus papeles en regla. Morton apeló al Ministro de los Estados Unidos en Granada y Mr. Wheeler resolvió que la goleta lejos de tener derecho a la protección de la autoridad americana debía, por el contrario, ser castigada por el abuso del pabellón americano. Por consecuencia la goleta *San José* fué confiscada en favor del Gobierno de Nicaragua, es decir, *en favor de Walker!*...

Protegido este filibustero con la resolución de todo un Ministro americano aumentó su audacia y la hizo bautizar con el nombre de *Granada*, y dijo él «que la dotó de cañones para hacer el corso, dando el mando de ella al teniente Coliender Jaysseux, natural de Missouri (Estados Unidos), que había servido en Tejas bajo las órdenes del Comodoro Moore. También había acompañado al General López en su expedición a la isla de Cuba en 1850, y contribuido en Cárdenas, poderosamente, al buen resultado del desembarque de las fuerzas del vapor *Creole*, llegando a tierra a nado, llevando una cuerda entre los dientes, con el objeto de vencer las dificultades que se encontraban para que el bote arribara al muelle». Tenía, pues, todas las dotes para ejercer la piratería: era el hombre que buscaba Walker.

Este Jaysseux, en su cruzada por el golfo, capturó el bongo que había salido de El Tempisque con Salazar y lo condujo a San Juan del Sur, de donde pasó a Granada; allí fué pasado por las armas a los once días de su llegada, por Walker. Refiere este filibustero que cuando las solicitudes a favor de la vida de aquel gran patriota llegaron a Granada éste ya había sido fusilado. Y que una de estas gestiones fué la comunicación del vicecónsul inglés Manning, en que le rogaba al Ministro americano se interesase en favor de la vida de Salazar, porque al Doctor Livingston lo tenían preso en León, en rehenes, respondiendo por la vida de éste.

El Ministro americano contestó que el Doctor Livingston era ciudadano de los Estados Unidos y por tanto no tomaba participación en la política de este país como lo hacía Salazar, quien era uno de los hombres más prominentes de la revolución y que, en consecuencia, el Doctor Livingston debía ser respetado, no debiendo, por lo tanto, obediencia alguna a las autoridades de Nicaragua. Al mismo tiempo escribió a Belloso, General en Jefe de los ejércitos aliados, haciéndole saber que si Livingston sufría algún ultraje el Gobierno americano exigiría la más estricta responsabilidad por esos ultrajes a los Gobiernos de El Salvador y Guatemala y que, en caso de que se tocara un solo cabello a Livingston o a cualquiera otro ciudadano americano, su Gobierno y el de Guatemala sentirían todo el peso de una potencia que al mismo tiempo que respeta los

derechos de las demás naciones, está dispuesta a vengar el honor, la vida y la propiedad de sus ciudadanos, contando para ello con el suficiente poder.

Estas son las notas abusivas de más alta resonancia que salieron de la Legación americana en el cruento desenlace en la muerte de don Mariano Salazar y que se ha hecho necesario referir aquí, como que ellas acaban de trazar los últimos contornos de la fatídica figura de Mr. Wheeler, figura que comenzó a esbozar él mismo desde que llegó a Nicaragua.

Estábamos en Granada, dentro de la plaza sitiada por Jerez, cuando un día vimos venir de Jalteva y por la calle real a tres yankees, uno de los cuales traía desplegada al viento la vistosa bandera de las franjas rojas y de las estrellas: ¡era el pabellón de los Estados Unidos! J. H. Wheeler era uno de los tres: éste era, se dijo, el Ministro americano, que quiso visitar al General Chamorro; pero en realidad también a Jerez y a las fuerzas de que disponían uno y otro, antes de decidirse por la autoridad que debía reconocer.

Los dos que le acompañaban eran don Brisol y C. C. Hornsby; otro, llamado Thomas F. Fisher, se había quedado en Jalteva, donde Jerez; eran tres bandoleros ilustrados, que «bajo la protección del pabellón americano» venían de compañeros, sirviendo de escolta a Mr. Wheeler, a visitar el campamento de Jerez y el de Chamorro, bien así como los quebrantahuesos ocurren a donde ven el humo de la quemazón de los campos, para cazar las sabandijas que desaloja el incendio.

Acompañado de esta clase de sujetos, regresó el Ministro a Rivas, y los otros continuaron a California, repleta la cabeza de cada uno de ellos de planes de explotación de Nicaragua, a favor de la guerra civil en que estaba envuelta, y Walker los aprovechaba allá en California, en donde permanecía decepcionado de su aventura de Sonora.

Mientras tanto, Jerez, con la pérdida de la plaza de Masaya, levantó su campamento de Jalteva, y las fuerzas legitimistas recobraron los prestigios que habían perdido y la obediencia al Gobierno que ejercía el Diputado Presidente José María Estrada; y entonces Wheeler presentó su diploma y fué recibido en Granada oficialmente por Estrada en su carácter de Minis-

tro diplomático del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América, y como tal abrió relaciones en nombre del Gobierno que representaba y estuvo gozando de las prerrogativas de su alto rango durante ocho meses, hasta que desapareció el Gobierno Estrada, por consecuencia de la toma de la plaza de Granada por Walker, el 13 de octubre de 1855, en virtud de lo cual desaparecieron los dos gobiernos que Estrada y Escoto ejercían, el uno en León y el otro en Granada, quedando sólo el gobierno de hecho de don Patricio Rivas.

El derecho de gentes establece que en estos casos los pueblos le deben obedecer y respetar; por eso el Ministro Wheeler pudo políticamente continuar sus relaciones diplomáticas con el Provisorio Rivas, puesto que el cambio del personal del Ejecutivo no implica la variación de la entidad moral política del Gobierno; sin embargo, quiso ser recibido de nuevo, en su carácter oficial, y el Presidente Rivas le acordó una recepción espléndida, que se le hizo conforme al reglamento diplomático, no obstante que ese carácter oficial no sirvió de ninguna garantía al desgraciado Ministro Mayorga, del Gobierno Estrada, para no ser extraído de su casa por Walker, para fusilarlo, estando bajo la protección de la bandera de la Legación americana.

Transcurrieron muchos meses, cultivando muy buenas relaciones diplomáticas en representación del Gobierno de Washington ante el Gobierno que ejercía don Patricio Rivas, y cuando Walker, militar en servicio de este gobierno, se levanta contra éste y finge una elección de burla, y usurpando el título de Presidente hace la farsa de inauguración de una mascarada de Presidente, Wheeler baja sin pudor del alto puesto de una Legación tan decente y respetable, y sin parar mientes en el decoro de su elevada posición, toma parte en el carnaval de la pseudo-Presidencia de Walker, pasándole una nota oficial, como si fuera verdadero Gobierno, diciéndole que tiene instrucción de su Gobierno para tratar de ciertos asuntos con el Gobierno de Nicaragua. Pero el Gobierno de Nicaragua existía en occidente, Wheeler lo sabía, pues con él se había estado comunicando. ¿Por qué dirigirse a un intruso como Walker?

El lector quizá encuentre solución a esta cuestión, fijándose

en los dos hechos remarcables de la conducta oficial de este personaje sombrío; la resolución que dió a la apelación de su connacional Mr. Morton del embargo de su goleta *San José* en San Juan del Sur, con la cual autorizó implícitamente a Walker para arrebatarla y armarla en corso, contra los Estados que le hacían la guerra, para sacarla del país; y la contestación que dió al Vice-Cónsul Manning en el asunto de la prisión de don Mariano Salazar, con la cual Walker se creyó alentado para fusilar a aquel honrado ciudadano nicaragüense.

El Ministro Marcy, del Gobierno de los Estados Unidos, propuso al Presidente Pierce que se destituyese a Wheeler por la conducta indigna que observaba en la Legación de Nicaragua, aunque no se verificó, por razones especiales de la política de entonces en Norte América; pero la proposición sola, implica la desaprobación de su abusiva conducta.

Se han narrado todos estos hechos, verificados entonces, y los decretos sobre esclavitud y rapacidad de los terrenos en teoría, porque esos hechos fueron el abismo que el doctor Cortés decía que los nicaragüenses tenían a sus pies, y no lo veían porque estaban obcecados y ciegos por la pasión política.

Volvamos a la narración de mi viaje a Nicaragua y mi regreso a Honduras, con la crónica de la guerra y de la política palpitante, conforme los datos recogidos por los lugares adyacentes al teatro en que habían tenido lugar los sucesos; residencia de las familias propietarias de las haciendas de aquella región, en la cual se contaba la mía y la del doctor Cortés, en cuyo ilustrado criterio descansa mi referencia de esos días.

Ubaldo Herrera, democrático granadino al servicio de Walker, hacía frecuentes incursiones a los hacendados de ganado del «Llano» de los legitimistas de Granada, y se llevaba grandes partidas de reses para el sostenimiento de los filibusteros. Un día de tantos un vecino de aquellos lugares, de estatura diminuta, coloradito, pelo lacio bermejo, ojo fino y frente despejada, inteligente y audaz (era el Administrador de los cuantiosos bienes pecuarios del rico sacerdote J. Zelaya), haciendo uso de su influencia en los hombres de aquellos campos los invitó para quitar a Herrera la partida de reses que había reunido en San Roque.

Emboscado José León Zelaya con todos los mandadores y sabaneros de las demás haciendas en un punto obligado, por donde precisamente debían pasar, y armados de escopetas cazadoras, Zelaya dió a cada uno su consigna para blanquear a los yankees, y encargando al que mejor conocía a Ubaldo Herrera el tiro de su pólvora bien ensayada. Los merodeadores no se apercibieron porque los campistas guardaron profundo silencio; cuando sintieron acercarse a la quebrada, y cuando bajaron al fondo, a una señal de José León dispararon, dando un grito simultáneo; Herrera cayó del caballo al golpe de la bala que le quitó la vida y los yankees huyeron dejando las reses.

Despavoridos los filibusteros llegaron a Granada, enlodados y con los vestidos desgarrados por las zarzas del camino, a referir el ataque de un enemigo invisible y la muerte de Ubaldo Herrera: suceso por el cual Walker dió orden al Comandante de Managua, el Coronel Macdonald, para que saliese con su fuerza a explorar el campo por el lado de Tipitapa, hacer las averiguaciones del caso, destruir la reunión y capturar y castigar severamente a los que cogiese.

En consecuencia, salió de Managua el Coronel Macdonald con su segundo el Capitán Tarvis; y en Tipitapa supieron que en San Jacinto había fuerzas del país; dieron descanso a su tropa y en la noche anduvieron hasta llegar, antes de amanecer, a las cercanías de San Jacinto, esperando la luz del día para conocer el lugar y la gente que hubiera: y no bien hubo amanecido cuando recibieron las primeras descargas de fusilería que los filibusteros contestaron, entablándose un ataque formal y haciendo vigorosa resistencia con fuegos tan nutridos que al cabo se vieron obligados a declararse en derrota, llevándose varios heridos, entre ellos al segundo Jefe de las fuerzas, cuyo nombre no recuerdo, lo mismo que al Teniente Abelardo Vega, a quien dejaron herido en San Jacinto. El Teniente Vega era originario de Masaya.

Este encuentro tuvo lugar el 6 de septiembre y la derrota sufrida por los yankees, aunque pequeña, presentó a Walker un inconveniente más serio, por el cual le impedía por completo la provisión de carne para el alimento de sus tropas, cuya si-

tuación se hacía indispensable remover lanzando de San Jacinto la fuerza que lo ocupaba.

Conocidas por las tropas americanas la grave situación que lo rodeaba, muchos yankees, aun de los que estaban de baja, se alistaron voluntariamente en la fuerza que iba a asaltar a aquella plaza a toda costa, seguros de que sus esfuerzos serían recompensados con las haciendas del Llano, confiscándolas a su favor, conforme la legislación walkeriana.

Impelidos por la ambición de hacerse dueños de aquellas valiosas propiedades se agregaron a la columna expedicionaria doce personas notables, aunque no poseían conocimientos militares, contándose entre ellos Mr. C. C. O'Neal Marshal, Byron Cole y otros, que se agregaron en Masaya como si se tratase de una jira de campo lucrativa. En Tipitapa se organizaron, dando el mando en Jefe de aquella banda a Byron Cole por el conocimiento que tenía de aquel sitio que siempre recorría en negocios de ganado. Cole llevaba como segundo Jefe a Mr. Marshal, comerciante americano. Esto lo refiere el mismo Walker, sin cuidarse de confesar su informalidad en aquel movimiento de tanta trascendencia.

La casa principal de San Jacinto es grande y de cuatro corredores, con paredes de adobe; está situada en terreno plano, al propio pie de la falda del cerro de su nombre, y por el Sur y Norte está desmontado el terreno de modo que pueda divisarse a larga distancia. Como la vez primera anduvieron por la noche el trayecto de cinco a seis leguas que hay entre Tipitapa y San Jacinto, y para no ser vistos desde lejos cubrieron su tropa con el bosque de la falda del cerro, hasta llegar a la par de la casa, la cual la tomaban debajo, sintiendo gran satisfacción al no haber encontrado cubierto por tropas el flanco izquierdo del enemigo, lo cual les permitió llegar sin ser molestados por nadie, y que su ala derecha rompiese sus fuegos desde aquel punto alto, que dominaba la casa y los corrales de piedra. Esa gran ventaja del terreno ocupado por los yankees, fué estragosa para los defensores de San Jacinto, porque les sirvió para asesinar con sus rifles a gran parte de los oficiales y tropa que tenía bajo su mando en Jefe el General Do-

lores Estrada. ¿Por qué éste, como Morazán en Gualcho, no mandaría tropas a ocupar esa altura?

Se necesitaba todo el valor, sangre fría y elevado temple de alma de este General, para dominar la azarosa situación en que le colocó el haber dejado ganar la altura al enemigo; pero que, a pesar del mayor alcance de sus rifles, fueron derrotados por el valor de los hijos de este país. En su insensato orgullo, esos extranjeros eran una raza degenerada, y probaron, por cuarta vez, que la raza blanca no es tan superior a los nativos como lo creía su soberbio caudillo.

Caro les estuvo a los cultos bándoleros su tenaz aventura. Cole mismo pagó allí con su vida sus trabajos asiduos por que Walker comprendiese la negra tarea de establecer la esclavitud en este país: Marshal, Wakins y casi todos los oficiales fueron víctimas de su ciego arrojo en aquella atrevida empresa, dejando más de la tercera parte yertos cadáveres en los campos de San Jacinto.

No fué menos el estrago que causaron con sus rifles y revólveres en los bravos subordinados del General Estrada; baste decir que el mayor número de jefes y oficiales quedaron heridos. Francisco Sacasa, Salvador Bolaños, de Masaya; Francisco Avilés, de Managua; Carlos Alegría, Manuel Marengo Gualcho (éste fué herido el 6); Abelardo Vega, de Masaya, y otros cuantos fueron mandados al doctor Cortés, en su hacienda, para que les prestase sus servicios quirúrgicos, y puestos al cuidado humanitario de señoritas de varias familias de Masaya, que estaban emigradas en su hacienda.

Hasta aquí la crónica de la situación bélica; debemos continuar la de la política. El General Martínez, de regreso de León, al pasar por Metapa, mandó al doctor Cortés una copia del tratado de unión de los nicaragüenses, celebrado entre él y el Presidente Patricio Rivas, con intervención amigable de los generales del Salvador y Guatemala, jefes de los respectivos ejércitos auxiliares. En este tratado se acordó que en Nicaragua no habría más que un solo Gobierno presidido por don Patricio Rivas, y que don Nicasio del Castillo, que ejercía la Presidencia que habían inaugurado los legitimistas en Matagalpa, iría a León a ocupar un puesto en el gabinete con el

carácter de Ministro de Estado. El General Martínez quedaba nombrado General en Jefe de las fuerzas de Segovia, Matagalpa y Chontales, que se llamaría ejército del Septentrión, con todas las facultades de Gobierno en lo económico y militar, para levantar tropas y sacar de los propietarios los recursos necesarios para su equipo y mantenimiento.

Al saberse en Matagalpa los conceptos de este tratado hubo una explosión de airada desaprobación, se reunieron los políticos y militares granadinos, y otros; se propuso la no aceptación del tratado, desconocer a Martínez, llegando el calor y frenesí hasta proponer que Martínez fuese juzgado en consejo de guerra como traidor. El fanatismo político, el acaloramiento de los legitimistas, mientras no había llegado Martínez, contagió a los vencedores en San Jacinto, y el General Estrada, que después de su triunfo se encontró débil, por tantas bajas como le habían causado las balas de los rifles filibusteros, había pensado levantar el campo, si volvía Walker a mandar otro ataque, cuando recibió las acaloradas cartas de los que estaban en Matagalpa; él también montó en cólera, y pensó en disolver la fuerza que le había quedado.

Pero como todo el calor pasó por las patrióticas exhortaciones de don Nicasio, quien con noble y elevada abnegación les manifestó que él por su parte aceptaba el tratado, para ir a cooperar al triunfo sobre Walker, que era el sentimiento que debía prevalecer sobre toda pequeñez de mando, se calmó la tempestad. El General Martínez mandó un correo al doctor Cortés, explicándole que en Matagalpa se habían serenado los ánimos, por el buen juicio de don Nicasio, quien no tardaría en marchar a León, pero que en San Jacinto quería Estrada disolver la guarnición; que se le acercara para calmarlo. Cortés lo hizo así, y fué feliz en su misión, porque el General atendió benévolo a sus insinuaciones de no marchitar los laureles que tan gloriosamente había adquirido, y de no convertir la derrota de Walker en un triunfo brillante dividiendo otra vez a Nicaragua. De esas haciendas salí para Honduras, pasando por Matagalpa, en donde hablé con el General Martínez sobre la situación en que estaba la fuerza auxiliar de Honduras, que ocupaba Nacaome, en expectación de los sucesos de las Segovia.

vias, en poder de los legitimistas, y del desenlace que tuviera la dualidad de los gobiernos, que presentaban tanto embarazo a las operaciones de la guerra; cuya cuestión, ya resuelta por el tratado que él había tenido la gloria de firmar, expediría la movilización de la fuerza auxiliar de Honduras; por lo cual regresaba contento, portador de tan feliz acontecimiento, «porque ya Guardiola daría la orden de avance» a la fuerza auxiliar hondureña, detenida en Nacaome.

El hecho frecuente, en toda época de guerra, de alterar la verdad, y aun de inventar sucesos, por los amigos de uno y de otro ejército de los contendientes, que hace que un mismo hecho se refiera en sentido diametralmente opuesto, sería el excepticismo político; y se hace necesario no sólo desprenderse de las afecciones políticas, sino también reunir cosas materiales, que demuestren la exactitud de la narración, para llevar el convencimiento al ánimo de los que, estando a larga distancia del teatro de la guerra, buscan en medio de encontradas relaciones cosas palpables que den a su criterio un apoyo para decidirse, por uno u otro extremo de los divergentes datos.

Llevaba, pues, para Honduras la palabra autorizada del doctor Cortés y la del General Martínez. El resultado de la evolución política constataba con las firmas que autenticaban el tratado de 12 de septiembre, del cual me dió seis ejemplares impresos, y los actos del Presidente Patricio Rivas, ya firmados por don Nicasio del Castillo, en desempeño del Ministerio, además de la victoria de San Jacinto; llevaba dos cartas en inglés, con manchas de sangre, que se habían encontrado en la bolsa del vestido de un cadáver yankee y que le habían llevado de San Jacinto al doctor Cortés, quien me las dió para que las llevara, y además el General Martínez me dió dos armas de precisión, hasta entonces desconocidas aquí, porque todavía no habían venido al país: a saber, un revólver grande cañón de nueve pulgadas, y un rifle minic de los que se recogieron en el campo de la lucha de San Jacinto, después de la derrota.

Martínez mandaba estas armas regaladas, el revólver al General Florencio Xatruch, y el rifle al General don Juan López. Con tales testimonios regresé para Honduras por distinto

camino del que llevé, y entré por el Corpus, para pasar por Choluteca a Nacaome.

Cerca del Corpus, y en una casita del camino, después de haber pasado el pueblecito «Las Sierras», estaban cinco soldados desertores con sus vestidos tendidos al sol, secándolos porque llovía mucho, y lo mismo hacían con sus fusiles y cartucheras tendidas en el suelo; antes que se apercibieran corrimos, mi ayudante y yo, y los sorprendidos, reconviniéndolos por desertores; ellos me confesaron que eran del ejército guatemalteco, y que de León habían desertado porque se estaban muriendo de vómito prieto; hice una indagatoria de todo lo que podían informar aquellos infelices indios semisalvajes, de los altenses, me dió lástima, les di un miserable socorro y continué para el Corpus.

Cuando llegué a Nacaome, los Generales López y Xatruch estaban en Tegucigalpa. Habían ido a aquella ciudad llamados por el Presidente Guardiola, con motivo de la celebración del aniversario de la batalla de Masaguara, ganada el 13 de octubre del año anterior por el General Juan López, y que dió por tierra con el Gobierno del General Cabañas, el cual era obsequiado al vencedor: yo me entusiasmé porque esta fiesta del cachurequismo que reuniría a todo lo más granado de la culta sociedad de Tegucigalpa alrededor del Presidente Guardiola y del General López, me presentaba ocasión oportuna para exhibir las armas quitadas a los filibusteros que estaban atropellando a Nicaragua y amenazando a Honduras y a los demás Estados de Centro América.

La fuerza había encargado al General Ordóñez, quien se mostró bien impresionado con todo lo que yo refería, y don Mariano del Valle y demás amigos de Nacaome aprobaron mi viaje a Tegucigalpa, adonde partí midiendo la jornada, de modo que llegase en la noche del baile, y para lo cual don Mariano quería que yo le llevase unos pendientes de diamantes a su hija de catorce años, linda y graciosa morena que era una de las más distinguidas señoritas de aquella culta sociedad.

Una hora antes de comenzarse el baile llegué a la ciudad, y cuando estaban todos reunidos, me presenté en el salón con mi vestido de viaje; yo era de todos conocido, y sabían que

andaba por Nicaragua, y Guardiola, López y demás jóvenes y caballeros, me rodearon ávidos de saber la verdad de todo lo que se decía de Nicaragua, porque yo gozaba entre aquella buena gente de reputación de formal y serio, a pesar de mi edad. En medio de mi narración sobre la unificación de los partidos, leí en alta voz el tratado de 12 de septiembre y pedí permiso de ir a saludar y poner en sus manos un ejemplar a doña Anita de Guardiola; los hurras eran atronadores, y el champaña los hacía más expansivos, muy particularmente cuando narré el triunfo de San Jacinto y pedí al zarco muchacho que había dejado en la puerta con el revólver y el rifle, que exhibí como trofeos de la victoria, que el General Martínez mandaba regalados, con los cuales se autenticaba la verdad de mi relación, porque esa clase de armas no eran todavía conocidas entre nosotros. Las armas pasaron de mano en mano, y hasta las señoritas participaban de aquella curiosidad varonil, creciendo la autenticidad de la derrota de los filibusteros en San Jacinto, al ver las manchas de sangre en las cartas que, escritas en inglés, se habían encontrado en los cadáveres de los yanquis.

Receloso y desconfiado por carácter, el Presidente Guardiola había estado remiso para movilizar la fuerza de Nacaome. «No, decía él, porque desconozca el valor y denuedo de los hijos del país, que bien lo han probado con sus victorias sobre los filibusteros el 29 de junio, el 25 de marzo, el 11 de abril y el 14 de septiembre, sino por el aferramiento de los chamorristas en conservar el Poder en su partido; lo cual era un grave inconveniente a la unidad de acción en las operaciones de la guerra, la cual sólo puede existir con la subordinación de todos a una sola cabeza.»

Removido el obstáculo de la división, entre los democráticos y legitimistas, por el tratado de 12 de septiembre, el Presidente Guardiola se decidió a disponer el avance de la fuerza acampada en Nacaome, y al efecto, nombró al General Francisco López para que se pusiese a la cabeza de ella y marchase a incorporarse a las fuerzas aliadas de los demás Estados de Centro América, avisando al General Martínez en Matagalpa, al Presidente Rivas y a los Generales Paredes y Belloso en

León, jefes de las fuerzas del Salvador y Guatemala, respectivamente.

El General Estrada, el héroe de San Jacinto, por orden del General Martínez, marchó de ese punto al mando de la vanguardia del ejército septentrional y ocupó la plaza de Managua, junto con el General Jerez, que mandaba la vanguardia del ejército Occidental.

Los aliados abrieron la campaña nacional iniciando la guerra con la ocupación de la plaza de Managua por las fuerzas de vanguardia comandadas por el General Jerez la de Occidente, y por el General Estrada la del Septentrión, las que habían triunfado en San Jacinto, a las cuales siguieron las fuerzas de Guatemala, El Salvador y Honduras, al mando de los Generales Paredes, Belloso y López, respectivamente.

La esperanza que el Doctor Cortés abrigaba de ver a Nicaragua redimida, mediante el tratado de 12 de septiembre, en que entraban en arreglo los partidos, iba tomando ya una forma práctica con la movilización de los ejércitos, a los cuales no tardaría en unirse el de los valientes costarricenses, y el mismo Doctor Cortés pensó salir de su retraimiento cuando el General Martínez llegase al teatro de las operaciones bélicas.

Los filibusteros habían fortificado hábilmente a Masaya, mas sin embargo Walker mandó reconcentrar sus guarniciones, lo mismo que las de Managua y Tipitapa. ¿Por qué no se aprovechó de los desfiladeros que tiene el camino entre Mateare y Nagarote sobre la costa del Lago de Managua, y los de la Cuesta para combatir ventajosamente a los aliados? ¿Cuál sería la causa de no batirse en el puente de Tipitapa? ¿Qué razón tendría para no luchar con ventaja en la estrechez del camino que pasa por en medio del campo de la lava volcánica, o sea el de la Barranca de Nindirí? ¿Por qué no defendió los fortines inexpugnables hechos en Masaya, a los cuales ellos llamaban enfáticamente «La Malakoff» de Nicaragua?

Debe estudiarse la crónica de esas hordas semiorganizadas para que el lector pueda juzgar de tales hechos. La derrota de San Jacinto, donde sucumbieron hombres importantes como Byron Cole, factor principal en esta trágica y cruenta aventura, cuya muerte produjo pánico y desaliento entre los vándalos;

muchos pidieron su baja y muchos desertaron, y la fiebre, que ataca siempre a los hijos del Norte en la zona tórrida, hace más víctimas entre los que se exponen al sol, al agua y al viento en la vida militar, que sufren el hambre, las vigiliass y las penalidades por caminos agrestes y desiertos; todas estas circunstancias no permitían a Walker oponerse al avance de los aliados, porque sus hombres padecían de todo esto. También los aliados tenían que luchar con la naturaleza; ya en León habían comenzado a padecer por consecuencia del clima: los guatemaltecos altences sufrían en forma epidémica de vómito prieto en estos valles, en que una atmósfera encendida por los ardores del sol afectaba de manera seria a los que habían desarrollado su organismo en las montañas frías de los «Altos», por lo cual fué preciso cuando murió en Masaya uno de sus generales, el Jefe Solari, trasladar a todo el ejército guatemalteco a la región elevada y fría de los pueblos de Catarina, Diriá y Diriomo.

Esta medida llenaba dos indicaciones; la de la salud física aconsejada por la higiene y la de la moral del ejército, que exigía la política militar. El Presidente Patricio Rivas organizó el Estado Mayor del ejército aliado, nombrando primer Jefe al General Bellozo, y segundo y tercero fueron nombrados los generales de Guatemala y Honduras. El nombramiento del jefe salvadoreño despertó la antigua rivalidad de los guatemaltecos y un sordo descontento, que halló eco entre los legitimistas nicaragüenses, y con la colocación de aquéllos en los pueblos referidos se evitó el contacto entre los rivales, enervándose los sentimientos lugareños.

Sabedor Walker de que el ejército guatemalteco estaba separado de su cuartel general, calculó que los que habían quedado en Masaya estaban débiles; salió personalmente de Granada para venir a atacar esta plaza, con casi toda su fuerza, dejando una guarnición de doscientos al mando del Coronel Fry. Con objeto de dar una sorpresa, salió en la noche para atacar al amanecer, cogiendo descuidados a los que ocupaban Masaya. El insensato orgullo de Walker, de ver a los hijos del país muy por debajo del alto concepto que tenía de sí mismo, le ofuscaba para no fijarse en que tenía en contra el paisa-

naje de la población que ocupaba, en la cual todos espían sus movimientos y daban cuenta a los que venían a libertarlos de la odiada presencia de sus insoportables dominadores. Así fué que antes de llegar a Masaya encontró en el camino, apostados en posiciones ventajosas, a los aliados, los cuales parapetados a uno y otro lado de las accidentadas calles del barrio de Monimbó, les hacían un fuego mortífero desde sus selváticos predios, sembrados de platanares y de árboles frutales que formaban un bosque que los abrigaba, para hacerles a la gente de Walker muchas bajas antes de que penetrasen al centro de la ciudad.

Por fin, esas fuerzas avanzadas tenían que reconcentrarse, como lo hicieron, después de varias horas de disputarles su avance, que les costó muchos muertos y heridos. Los del país fueron proporcionalmente menos, por el conocimiento topográfico de la localidad en que peleaban. La decantada superioridad de la artillería no les dió resultado, y aunque al llegar a la plaza de San Sebastián enviaron su metralla a los aliados, éstos se burlaron de ellos, llevando a la plaza principal la relación de los lances en que tuvieron en conflicto a los yanquis.

Todo el día estuvieron bombardeando la plaza principal desde la plaza de San Sebastián, sin éxito, y sus zapadores venían dentro de las casas de la calle real para avanzar terreno sobre ella, sin exponer el bulto; pero las gentes de Monimbó, por lugares sólo de ellos conocidos, trajeron a los aliados la noticia; y se mandaron guerrilleros, que sin ser vistos, cobraban un peaje de sangre, por cada boquete que abrían en las paredes de las casas.

Mientras tanto los jefes de la fuerza guatemalteca, que estaban en Dioromo, fueron también avisados de Granada, que Walker había salido con la mayor parte de los filibusteros, y que la plaza tenía muy poca gente. El General Paredes, y el entonces Coronel Víctor Zavala, reunieron todas sus fuerzas de Catarina y Diriá, y se fueron a atacar a Fry, que había quedado de Comandante. El empuje valeroso de esta tropa dirigida por tan denodados como expertos jefes militares, fué tan vigoroso y audaz, que muy pronto los subordinados de Fry quedaron reducidos al estrecho recinto de la plaza, y el jefe

en la casa de alto de Vega; el valiente jefe Zavala, ocupando el edificio del Hospital de San Juan de Dios, calle de por medio con el alto que ocupaba Fry, y ambos en el ángulo suroeste de la plaza. Zavala sabía hablar inglés, y les proponía condiciones honrosas para que capitularan. Todo fué en vano.

La ciudad toda estaba en poder de los guatemaltecos, que se embriagaron con las libaciones que los granadinos les proporcionaban, y fusilaron a varios extranjeros, paisanos de Walker, entre los cuales se contó un hombre pacífico, Mr. Cole, y un clérigo protestante.

No hubo un solo hijo del país que viniese a dar parte a Walker de que Fry estaba atacado por los guatemaltecos, y él, imbuído en la idea de tomarse Masaya, hacía funcionar su artillería y su infantería, con tenaz afán. El ruido del combate no le dejaba oír las detonaciones de los cañones y fusiles que se disparaban en Granada, y fué en un intervalo de la lucha, que creyó apércibirse: y mandó un piquete de caballería a escuchar más de cerca; pronto regresó, y dijo que no quedaba duda de que Fry se estaba batiendo.

En las altas horas de la noche, y con todo sigilo, Walker se fué para Granada; los guatemaltecos fueron avisados por el paisanaje, y apostaron gente a un lado y otro de la calle de Jalteva, de modo que al entrar los filibusteros eran contenidos por los fuegos que les llovía de todas partes, hasta que hicieron una carga heroica y entraron a la plaza, dejando la calle sembrada de cadáveres, que con los que había dejado en Masaya, ascendían a una gran cantidad. Walker, en su furor, mandó fusilar a los que, rezagados por embriaguez o por haber confundido los rumbos, hacían caído en su poder, entre ellos un Coronel, algunos Capitanes y Oficiales chapines: en represalia, decía, de un edecán suyo que cayó prisionero en el camino, por disputar la posesión de un cañón que él abandonó en su fuga en la noche anterior, y que había alcanzado la fuerza que salió en su persecución.

El General Martínez llegó con la columna septentrional a Masaya, y entonces el doctor Rosalío Cortés salió de su hacienda, y se situó en Nindirí, porque su casa estaba sirviendo de cuartel, y allí atendió al valiente Capitán Tomás Blanco, que

estaba acribillado de balazos, sujeto de bellas cualidades; no sólo tenía un valor raro, sino que era de genio amable, de carácter firme y generoso, que lo hacía acreedor a la estimación de su familia y a la atención del General Martínez. También el ínclito General Cañas había logrado atravesar, peleando con los yanquis, el Tránsito, y apareció por Jinotepe, adonde lo fué a recibir el General Jerez, pues venía a juntarse con los aliados.

Walker repuso sus bajas con auxiliares que le vinieron de California y de Nueva York. Entre estos últimos obtuvo una para él brillante adquisición: el famoso Henningsen, quien le trajo armas y municiones. Es preciso conocer este personaje que, como el Comandante de la goleta *Granada* en el Pacífico, vino a desempeñar un rol fatídico en el país; oigamos los datos que de él da el mismo Walker.

El Coronel Henningsen, dice Walker, había comenzado su carrera militar a las órdenes del caudillo carlista Zumalacárregui, y su servicio en España era a propósito para considerarlo útil para la guerra de Nicaragua. Aunque inglés de nacimiento, había pasado la mayor parte de su vida en el continente europeo, y después de la muerte de Zumalacárregui había residido algunos años en Rusia. Finalmente en 1849 adoptó la causa de la independencia de Hungría, y llegó a los Estados Unidos casi al mismo tiempo que Kossuk.

Estos datos de la vida de Henningsen le valieron el grado de General de Brigada, que le dió Walker, el cual fué objeto de censura, y causó gran descontento, en la oficialidad filibustera, previniendo la opinión contra él, porque no era americano. Walker, sin embargo, le confió la organización de la artillería, y escribió una instrucción para el uso del fusil *Minic*, haciendo ejercicios de tiro por algunos días, después de los cuales dispuso dar el segundo ataque a los aliados en Masaya, y llevó a Henningsen.

Tres días duró atacando, sin que su artillero nuevo fuese más feliz que el de la primera vez; del cual se burlaban los aliados, al ver reventar en el aire las granadas, sin causarles daño. Walker disculpaba al brigadier, atribuyendo ese resultado a que las mechas de las granadas eran cortas, como si esta circunstancia no hubiera debido ser tomada en cuenta,



**William Walker**

para calcular matemáticamente la distancia, para que el proyectil, hiciera su explosión en el punto adonde fuese dirigido. Es lo cierto que la competencia del connotado militar, que peleó al lado Zumalacárregui y Kossuk, no sirvió a Walker en el ataque a Masaya, viéndose obligado a levantar el campo, enfurecido porque no supo vencer a los que él, en su soberbia, creía de raza inferior; no supo vencer, pero supo incendiar, y al abandonar las casas, les daba fuego, dejando en cenizas el barrio de Monimbó y la iglesia de San Sebastián, en pago del amparo que hallaron bajo su techo sus heridos y sus muertos.

Nunca, desde que estaba en Nicaragua, según confiesa el mismo Walker, había sufrido tanto como en estos dos ataques de Masaya; muchos jefes, oficiales y soldados muertos, y una enorme cantidad de heridos, lo llevaban desalentado en su fuga y convencido de que ya no podía vencer a los aliados en estos puntos lejanos del istmo. Determinó entonces abandonar estas regiones, y situarse en aquel punto que llenaba las dos condiciones que le aconsejaban las circunstancias: la de poder recibir los auxilios que le mandaban sus parciales de California y del este de los Estados Unidos, y la de poder embarcarse en la goleta *Granada*, que armada en guerra tenía en San Juan del Sur.

Esta última condición era la más fundada, porque la goleta *Granada* tenía por capitán a Faysseoux, valiente y experto missouriano, que había probado su valor y sus aptitudes en varias hazañas en el mar, muy particularmente en esos días, cuando, en combate naval con el bergantín costarricense *Once de Abril* había triunfado, incendiando a dicho barco, el que fué volado, según Walker, porque una bala del *Granada* dió de rechazo sobre algunas cápsulas, que se inflamaron por el choque, lo que incendió el bergantín y se fué a pique, salvándose de los ciento cincuenta que traía sólo cincuenta o sesenta costarricenses a bordo de la goleta *Granada*, recogidos por el capitán Faysseoux.

Soberbio e indignado por la azarosa situación en que le dejaron los dos reveses que sufrió en Masaya, Walker pasó por Granada, embarcó todos sus heridos, armas, municiones y todo elemento de guerra y de víveres, y en la misma noche zarpó

para San Jorge, dejando los heridos en la isla de Ometepe, en donde situó los hospitales, para que no fuesen a impresionar con su presencia al resto de su tropa. Para conocer la enorme cantidad de heridos, basta saber que Walker empleó los dos vapores del Lago: el *San Carlos* y el *Virgen*; y con refinamiento de crueldad salvaje dió a Henningsen la orden bárbara de enciendar Granada.

Al siguiente día Henningsen comenzó los espantosos preparativos de su nefanda obra, hacinando en medio de los salones de las casas, mesas, ropas, baúles, libros de las bibliotecas y toda clase de combustible; las familias salían como podían con sus líos de la ropa indispensable, al ver entrar los forajidos soldados filibusteros, borrachos con las bebidas de los almacenes y tiendas que iban a ser incendiados; y concluída la terrorífica faena, se diseminaron por toda la ciudad; con alcohol en toda forma, coñac, ginebra y con sustancias inflamables empapaban los montones de materiales dentro de las casas, y los altares de las iglesias, a los cuales arrimaron las mesas y muebles, con los vestidos del rito religioso; simultáneamente pusieron fósforos encendidos que prendiendo los materiales amontonados, las llamas dieron en los techos. Al cabo de media hora todo Granada estaba, cual inmensa pira, ardiendo, y la atmósfera cubierta de humo y de lenguas de fuego alumbrando la obra horrorosa y aterradora del vándalo famoso, que a su triste celebridad de asesino de Mayorga, Corral y Salazar, añadía la de atroz incendiario de una de las más bellas ciudades de Nicaragua.

Como quedaban aún en pie las esbeltas torres de la iglesia parroquial, las mandó minar por su base, colocó en las minas barriles de pólvora, clavó una lanza en medio de la plaza y le amarró un papel con esta inscripción: «Aquí fué Granada», y puso fuego al reguero de pólvora por la calle de Guadalupe; estalló la mina y volaron por el aire las torres, hechas mil pedazos, completando así la inhumana consigna de la execrable *Granada delenda*, que perpetuase la memoria aborrecida del jefe y del subalterno.

El lector extrañará que, hallándose tan próximo el ejército aliado, cuatro leguas apenas de distancia, no acudiera a atacar

a los vándalos, que estaban tanto tiempo de orgía, con lo que hubieran podido impedir el desastre, recibiendo, como recibían, el parte de los preparativos; pues bien, hay que narrar lo que sucedía, para que sirva de experiencia a la posteridad, y su lección pueda ser útil para evitar que las contiendas políticas no lleven la rivalidad lugareña tan lejos a los hombres como en 1854, 55 y 56. Referido queda ya que el nombramiento del General Beloso para primer Jefe de las fuerzas aliadas causó desagrado entre los guatemaltecos y salvadoreños, y que a esta rivalidad hizo coro el partido legitimista. Esta fué la razón por que Beloso era General en Jefe puramente nominal, y cada disposición u orden suya era objeto de objeciones, resultando que la obediencia fuese tardía, o que cada uno obrase aisladamente. Así fué que, cuando llegaron al amanecer del siguiente día, estaban humeando los escombros de la ciudad de Granada.

Paredes tomó por la derecha, pasando por las afueras, a situarse por el Sur en la hacienda de Sandoval, y Martínez, por el otro lado, Santa Lucía, para ocupar la prolongación de la altura de San Francisco, que ocupa el barrio «Palo Bonito», ambos dominantes, a la altura del punto en que estaba situada la iglesia de Guadalupe, relativamente superior, a los bajos del camino que va al Fuertecito, construído en parte dentro del lago. Estos dos puntos eran defendidos con valor indomable por Henningsen y los suyos, como los únicos puntos de salvación, puesto que los vapores estaban en poder de Walker y debía venir a sacarlos del peligro de perecer todos a manos de los aliados, cosa que, aunque infundada, la tenían como segura, y por eso se obstinaban en pelear hasta lo último, despreciando las garantías que se les ofrecían para que retornaran a su país.

En efecto, el vapor se les presentó a la vista, y aunque volvía a desaparecer, les daba aliento e infundía esperanzas. Así se explica que, agotados sus víveres, matasen las bestias mulares y se alimentasen con esa carne; hasta que por fin, una noche con las luces cubiertas para que no lo vieran los aliados, el vapor atravesó al frente de ellos y desembarcó fuerzas en «Tepetate», como el 13 de octubre, para llegar por la costa al Fuertecito, adonde volvió para anclar al frente

y estar listo a mandar lanchas y embarcar a los restos de sus cómplices incendiarios y saqueadores de la ciudad destruida.

Los desembarcados en «Tepetape» no llegaron impunemente a su destino. Previsto estaba ya por los aliados el caso, y habían construido en la costa una serie de trincheras con zanjas, en las cuales perdieron muchos hombres, entre muertos y heridos, para pasarlas luchando con desventaja, de modo que apenas volvieron a bordo, muy pocos fueron los subordinados de Henningsen que salieron de los escombros a embarcarse en el vapor, como se ve de la relación del mismo Walker, leyendo con detención y cuidado.

Gozóse Walker, con su instinto de fiera, en dejar postrada y exánime a la ninfa del gran lago, sin otro móvil que el negro, el execrable placer de destruir. El incendio de Granada y de Monimbó, en las circunstancias en que fué ejecutado, no obedecía a ninguna indicación del arte de la guerra. Los rusos dejan entrar al ejército francés, atrayéndolo al centro de la zona frígida, para que la naturaleza pelease por ellos contra el vencedor de la Europa atónita, y ponen fuego a la segunda ciudad del Imperio para que no encontrasen en Moscú abrigo para el hielo, que debía dejar rígidas en la intemperie las heroicas legiones que habían paseado triunfantes el águila francesa por Egipto, Turquía, Polonia, Italia, España y otras naciones valerosas de Europa. En efecto, los patriotas moscovitas vieron a Rusia libre del prepotente enemigo, que quedó sepultado en el hielo; pero el imbécil Walker, como le llamó García Granados, no ganaba nada con el incendio de Granada. Se apela a extremos espantosos, cuando así lo exige la necesidad de la guerra, para quitar al enemigo un punto, o evitar que lo tome para causar daño. Cuando Ylicona, con la fuerza auxiliar de Honduras, atacó por pueblo Chiquito para estrechar el cerco de la plaza de Granada por nuestro flanco izquierdo, y fué rechazado por el cañón disparado por el General Fruto Chamorro, éste observó que la fuerte arremetida de los democráticos tenía por objeto apoderarse de la casa de las Morales, calle de por medio con nuestra línea de defensa; y entonces mandó destruirla por el fuego; y al ver su dueño, Pedro Morales, al oficial Sebastián Espinosa y a Salvador Abaunza que iban a

ejecutar la terrible orden, preguntó si era cierto el propósito, y convencido de la triste realidad pidió a los oficiales el hacha y con su propia mano, y los ojos arrasados en lágrimas, aplicó a su casa la funesta tea.

Pueblo virtuoso, como el granadino, que tiene hijos tan abnegados y patriotas como Pedro Morales, a quien no llevan en zaga los fríos moscovitas, no merecía la suerte a que lo condenó un salvaje togado, que con tanta crueldad dió la orden bestial de destruirla. ¿Por qué tanta saña? ¿Cuál fué el motivo para ese encono de fiera?

La perversión moral de este ente abominable, aborto del inferno, se conoce por sus propias palabras. Copiemos lo que dice el mismo Walker.

Ni la destrucción de Granada ha sido reprobada solamente en Centro América. Ha sido denunciada como un acto de vandalismo, inútil para el mismo que lo mandó ejecutar. Por lo que hace a la «justicia del acto, no puede ser puesto en duda», pues sus habitantes, «no obstante» ;ser deudores de vidas y propiedades a los americanos que estaban al servicio de Nicaragua!, se habían unido a los enemigos que luchaban por arrojar de él a «sus protectores» y favorecían a los enemigos del Estado de la «manera más criminal», sirviendo de espías contra los que «defendían» sus intereses y enviando a los aliados noticias de todos sus movimientos.

«Según las leyes de la guerra, la ciudad había perdido el derecho a su existencia, y la conveniencia de su destrucción era tan evidente como la justicia con que se ejecutaba. Alentaba a los leoneses «amigos de los americanos», al mismo tiempo que asestaba un golpe a los legitimistas, del cual no han podido reponerse. El apego que los antiguos chamorristas tenían a Granada era muy grande y especial. Sentían hacia su principal ciudad el amor de una mujer, y aun después de pasados muchos años, se les ve asomar las lágrimas a sus ojos cuando hablan de la destrucción de su amada ciudad.»

He insertado literalmente el párrafo anterior de la obra de Walker para que el lector vea hasta qué punto tenía pervertidos el sentimiento, el corazón y el cerebro. Estampa un grosero sofisma para llamar blanco a lo negro, y crimen a la vir-

tud. El mismo dice en otra parte de esa obra que su decreto sobre el uso del idioma inglés en los contratos tenía por objeto que la propiedad de los terrenos «quedase en manos de la raza blanca». Otro decreto suyo prevenía que las haciendas de los emigrados, y de todo el que le hiciese la guerra de cualquier modo, fuesen confiscadas y adjudicadas a favor de los americanos que peleaban en su defensa. No fué simple teoría para engañar y atraer a los extranjeros. La hacienda de cacao «El Rosario», en Rivas, fué adjudicada a Fayssoux, por el incendio del bergantín *Once de Abril*, y las haciendas del llano «San Ildefonso», Ostocal, «San Jacinto», «La Luz», «Las Maderas» y «San Roque» habrían sido adjudicadas a los bandoleros que atacaron a San Jacinto si hubieran triunfado el 14 de septiembre. ¿Así es como creyó que protegía la propiedad e intereses de los nicaragüenses?

Y ¿qué diremos de la protección a las vidas? Para este insigne malhechor debía serlo el asesinato perpetrado por él en notables hombres públicos, como el Ministro Mateo Mayorga, el General Corral y don Mariano Salazar. Hay en todo ese párrafo que atrás he copiado la exhibición clara de la perturbación cerebral más completa al calificar de justicia el hecho vandálico del incendio de Granada y callar el de Masaya, para burlarse satánicamente de su víctima porque llora su desgracia.

Pero no debe extrañar su burla de las lágrimas de los legitimistas, sin tomar en cuenta el aserbo quebranto, las tribulaciones y congojas de todo el país al saberse la terrible desgracia del incendio de una de las más bellas ciudades de Nicaragua. Legitimistas y democráticos habían sido ya insultados por Walker, cuando dijo que los granadinos no disimularon su gusto cuando fusiló a Salazar y Mayorga porque eran leoneses, «y que éstos se sintieron satisfechos cuando mató a Corral». Este atroz insulto abraza a todo Nicaragua, porque en este país el que no era entonces legitimista era democrático, sinónimos también entonces de granadinos o leoneses. Pero es que, para este monomaniaco, sólo la raza blanca merecía ser tratada con consideración. El mismo dice que «los americanos que le mandaban eran escogidos entre los vagos, tahures y borrachos de Nueva York»; y sin embargo los ponía

sobre los hijos del país porque eran blancos; los que por sólo el hecho de ser miembros de su llamado ejército, se creían dueños, como su caudillo, de vidas y haciendas, y andaban por todas partes con su rifle al hombro, y en cualquiera parte que vieran gallinas, pavos o cerdos los mataban a balazos y se lo comían. Por doquiera que pasaban, dejaban huellas de su rapacidad; entraban en los huertos, cortaban y comían las frutas como si fueran suyas, y aunque sus dueños reclamaban o protestaban contra aquel latrocinio, ellos se marchaban impávidos con la presa como si fueran cosas comunes que hiciera suyas el primer ocupante: y no eran hombres de esa laya solamente los que venían en el aluvión de cieno que entonces inundó a Nicaragua; había también mujeres, que hicieron su agosto en el saqueo general que precedió al incendio de Granada.

Al retirarse para el Fuertecito, se llevaron todo lo robado en los almacenes y casas, ocupando para transportar su botín los baúles y valijas que encontraban. Dice Henningsen que demoró la partida esperando a los que estaban acarreamo *sus propiedades*; y Walker, que en el vapor salvó los heridos, enfermos, mujeres y niños con *sus intereses*, todo lo cual lo dejó en la isla de Ometepe; que le llegaron a avisar, después, que el pueblo se había levantado contra los americanos y había matado a todos, sanos y heridos. Para esto habían llegado unos botes de San Jorge con fusiles, porque cuando el vapor pasó por el lugar con los pasajeros de California hacia los Estados Unidos, ya estaban en unas lanchas las mujeres, enojadísimas, maldiciendo a los nativos. No habían matado a ninguno: el levantamiento había sido para quitarles los baúles y todo lo que habían robado en Granada. Este pueblo, dedicado a la agricultura y a la marina, es honrado, y hace su comercio con los lugares del continente por medio de piraguas, principalmente con la ciudad de Granada, por la cual tiene particular predilección. De algún modo quisieron castigar a sus victimarios.

Para Walker nada valían las leyes de la guerra, desde el punto de vista de sus proyectos de conquista; pero la hipocresía de invocarlas, estando, como está ya, en estos tiempos, abolido el derecho de conquista. Ejercía estas inquietudes como

conquistador; digo mal: como pirata de la laya de Gordillo y de Drake.

El lector disimulará el tono que, contra mi carácter, empleo para condenar la conducta de Walker y sus secuaces y cómplices. Varios de éstos eran personas ilustradas, con títulos universitarios; eran de talento más o menos cultivado, formados en la carrera diplomática, o de figura conspicua en el mundo financiero; y este trabajo de cronista les debe señalar la parte de responsabilidad que les corresponde. Mal que les pese, pero Garrison y Morgan, Randolph, Macdonald, Crittenden, Wheeler, Goicouría, Soule, Schelinnger, Henningsen, Cole, todos deben participar del estigma de la posteridad, al fijarse en la huella de fango que dejaron a su paso por Nicaragua en aquella época de su vida en contubernio con el famoso Walker.

Mientras se producían en el interior de Nicaragua las horripilantes escenas de muerte, desolación y sangre, saqueo e incendio, Costa Rica preparaba en su capital el espectáculo grandioso de la frontera por el mar Atlántico, que debía dar el golpe de gracia al elemento filibustero que en Nicaragua había comenzado el audaz trabajo de esclavizar a Centro América.

La posesión de los vapores del lago y del río San Juan, pertenecientes a la Compañía de tránsito Garrison Morgan, que Walker tenía con la aquiescencia de estos millonarios, le facilitaba la navegación hasta el Atlántico, proporcionándole la comunicación con los Estados Unidos, de donde recibía auxilio de gente, armas, municiones y dinero. Por esto decía Walker: «El que dispone del lago y del río tiene la llave de Centro América en una guerra». Era, pues, de vital importancia para él conservar tan gran ventaja, y quitársela era de la mayor necesidad.

Costa Rica, por su posición geográfica, podía acercarse al río por la ribera Sur, saliendo a él por el San Carlos, o por el Sarapiquí, ríos navegables tributarios del San Juan, que nacen en su territorio, y aun tomar por tierra el castillo que está situado por el lado Sur casi en la mitad de la distancia que recorren sus aguas para desaguar en el mar. Pero, ¿cómo hacerlo? Costa Rica, la valiente Costa Rica, que con su heroísmo se lanzó, la primera, a combatir al audaz bucanero, no tenía

elementos navales; pero sus bríos de nobleza caballeresca, exhibidos en las acciones de Santa Rosa, y en Rivas, el 11 de abril, habían tenido resonancia en la gran República.

El encargado de negocios de Costa Rica en Washington, don Luis Molina, y el Comodoro Vanderbilt, a quien Walker había quitado el contrato que le otorgaba derecho exclusivo de tránsito por este istmo de los pasajeros que traía en sus vapores del Pacífico y del Atlántico con destino a California o a los Estados del Este, y que deseaba la perdición del que le había ocasionado daño y continuaba causando enorme quebranto en su negocio, en que se jugaban millones, ultimaron el plan de quitar los vapores a Walker, en cuya empresa el Gobierno de don Juan R. Mora debía poner las armas y la tropa necesaria. Dos caballeros llegaron a San José, y solicitaron una entrevista confidencial con el Presidente Mora, anunciando que portaban carta del señor Molina; y en la noche de ese día, el Presidente, con sólo su Ministro de Relaciones doctor don Lorenzo Montúfar, recibió a los emisarios que entregaron la referida carta, y después de leída, se trató de la empresa de apoderarse de los vapores del río y del lago de Nicaragua, conforme el plan convenido con el Comodoro Vanderbilt. Wester y Spencer eran personas de carácter, conocedoras de la localidad que iba a ser el teatro de la futura hazaña. Wester era marino, que había estado en Nicaragua al servicio de los vapores del tránsito cuando se hacía por cuenta de Vanderbilt y sus socios; conocía las señas y contraseñas y a los que actualmente estaban al servicio de los vapores de dicha línea, y sabía que no estaban contentos de aquella situación, por lo cual les era fácil aceptar el cambio de situación tan azarosa por otra de mejor condición económica, con menos peligro.

El Presidente Mora entró de lleno en el plan, y se notó en su semblante más animación respecto de la guerra. Wester y Spencer manifestaron necesitar mayor remuneración, por considerar insuficiente la de Vanderbilt, y el Presidente Mora no tuvo inconveniente en aumentarla con cierta suma que erogaría el Tesoro nacional, considerándola una economía, porque tomados los vapores, la guerra se acabaría más pronto. El negocio quedó definitivamente concluido.

Se procedió sin pérdida de tiempo a organizar la expedición con su Estado Mayor, en el cual ocupó el primer puesto el Coronel Joaquín Fernández. Este jefe era valiente, ilustrado y sagaz, discreto y entendido militar, para conocer la importancia de la reserva en esta clase de empresas y, sobre todo, hablaba bien el inglés para entenderse con Wester, que era el mentor del plan. El mayor Blanco y Rafael Bolandi completaban la jefatura de la columna expedicionaria, compuesta de cuatro compañías de setenta y cinco plazas cada una, con una oficialidad selecta en que figuraban los Quiroz, Jiménez, Camacho, Alvarado, Bariller y otros sujetos de la buena sociedad, que por su esmerada educación se hiciesen considerar en el extranjero.

Se desplegó la mayor actividad y energía en equipar con esmero la tropa para que no les hiciese falta nada en el áspero desierto que tenían que pasar después que descendiesen de la montaña a los bajos pantanosos y oscuros por la selva frondosa, andando por una trocha escasamente transitada por contrabandistas, hasta llegar a la ribera del río San Carlos; llevando, para expedir marcha tan ingrata, una compañía de zapadores y artesanos provistos de hachas y machetes, y de herramientas de carpintería, clavos, jarcia y toda clase de útiles para componer y reparar embarcaciones.

Llevaban cañones con su parque y municiones de guerra y de boca en mulas; de Grecia y San Ramón saldrían los víveres suficientes, y de San José se proveyó de médicos y medicinas; listo todo, a satisfacción de jefes y mentores, marcharon vía de Grecia. Cuando llegaron a la margen del río San Carlos, se abrigaron en la grande y cómoda casa de una hacienda de cacao que hay en el punto adonde llegan las embarcaciones que hacen el escaso comercio con el puerto San Juan. Una sola lancha en mal estado había allí, y los carpinteros se ocuparon unos en componerla, para que la acupase la plana mayor con Wester y Spencer, y otros en sacar trozas de madera de los bosques adyacentes, con las que se hicieron tablas para bajar del río San Carlos al río San Juan. Algunos soldados se cayeron al agua del río; pero no se ahogaron, porque los salvaban sus compañeros.

Por este peligro, desertaban algunos, y todos decían que por tierra irían a todas partes, pero por agua no, porque no querían morir ahogados. El jefe dispuso que se anduviese sólo por tierra, a la ribera del río, ocupándose los zapadores en allanar con los machetes las partes que fuese necesario, y que en las balsas fuesen los cañones y el parque de todo. En la noche salían a tierra los que las cuidaban de día. Una noche hubo una crecida tan fuerte en el río, que reventaron las amarras de los árboles en que estaban detenidas las balsas en que iban los cañones y se las llevó. Por fortuna, en la confluencia del San Carlos con el San Juan, había una finca de un granadino que vivía en la casa que tenía en la costa y era excelente marinerero, capitán de piragua muy honrado; le llamaban *Petaca* por apodo. Este recogió los cañones, los ocultó, y cuando llegaron los costarricenses, se los entregó.

Dió a los expedicionarios todos los informes que tenía de los vapores, expresando tanto entusiasmo por la empresa, como odio hacia el incendiario de su ciudad natal, y se incorporó a los costarricenses para ayudarles con los conocimientos que tenía de la bahía de San Juan, que conocía en todos sus detalles. Marcharon, pues, calculando entrar al puerto en la madrugada, con tal sigilo, que se apoderaron de los cinco vapores del río que estaban anclados en el puerto, y cuál fué la grata sorpresa de los habitantes cuando, al despertarse, vieron flameando en todos los vapores la bandera de Costa Rica, oyeron la diana que tocaban los clarines y los vivas a Costa Rica, a Nicaragua y a Centro América. El gran susto de los yanquis se calmó por el buen tratamiento que les daban los vencedores, y al reconocer entre éstos a sus connacionales Spencer y Wester, quienes les repartían una proclama en inglés, firmada por el Presidente Mora, en la cual ofrecía dar dinero valor del pasaje por vapor, a los que quisiesen irse a su patria y las garantías que les ofrecía el jefe Fernández, hablándoles en inglés.

Con rapidez y prontitud regresaron río arriba, llevándose, custodiados por las tropas todos los vapores. El castillo se rindió cuando se vió rodeado por tanta tropa, que había desembarcado en la ribera Sur, sin ser vista; y así permanecieron, cuidando de que nadie saliese para tomar el vapor que debía

llegar, como en efecto fué sorprendido, y sabedores que en el río Sábalos estaba otro, también lo sorprendieron y continuaron hasta la fortaleza de San Carlos, que está situada en el punto del lago en que comienza el río.

Inmediatamente los valientes costarricenses tomaron los vapores del río, dieron parte al Presidente Mora, haciendo salir de San Juan un correo para San José, y en el acto que fué conocido el éxito de la expedición, alistó otra columna para marchar por la misma ruta y embarcarse en los vapores para llegar por el lago al Departamento de Rivas, para incorporarse a los ejércitos aliados que sitiaban a Walker.

Mientras tanto, el General Martínez, que se había quedado atendiendo al sostenimiento del ejército septentrional con gente y recursos, conforme el tratado de 13 de septiembre, permanecía en la casa de las Felipitas, una de las pocas del barrio del hormiguero que no se quemó en el incendio de Granada, era objeto de censura porque no respondía al llamamiento que se le hacía al teatro de batalla, hasta el grado de llegar la queja al Gobierno del Salvador, el cual la insinuó por medio de su Ministro, al de Nicaragua.

El General Martínez, para tratar de este incidente, escribió al doctor Cortés, que permanecía en Masaya, teniendo frecuentes relaciones con él; con este motivo el doctor fué a Granada. Por una feliz coincidencia, estando allí llegó la noticia de la presa de los vapores del lago y del río por los costarricenses.

El doctor Cortés se alegró muchísimo. «Ahora la guerra queda simplificada —dijo a Martínez—; Walker no recibirá más auxilio de los Estados Unidos del Norte; pronto debe terminar por capitulación. No sólo por esa razón, sino también porque los celos y rivalidades de los jefes sitiadores tienen que cesar ante los méritos indiscutibles que ha adquirido el Presidente costarricense con las brillantes victorias alcanzadas con la presa de los vapores, que le dan legítima influencia para ser el General Juan Rafael Mora el General en Jefe de los ejércitos de Centro América, aliados en esta guerra; y prescindiendo de miserables pequeñeces de partido, se subordinarán al talento y pericia del ilustre mandatario de la heroica y sensata Costa Rica.»

El General Mora se presentaría con sus fuerzas vencedoras en los vapores y el General Martínez debía estar listo con fuerzas para marchar al campamento de los aliados, procurando antes, si le era posible, hablar con Mora, en el sentido de las ideas del doctor Cortés.

No tardó en presentarse la ocasión prevista. El General Juan Rafael Mora, con su Estado Mayor y el de Fernández, a bordo del vapor San Carlos, que era el más grande de los dos del lago, quiso pasar, antes de llegar a San Jorge, por la ex bella Granada, y no bien echó anclas en el Fuertecito, se le presentó con su Estado Mayor el General Martínez, que le iba a hacer una visita a bordo, al propio tiempo que el cañón del Fuertecito le hacía los honores militares con sus tonantes disparos, cuyo eco, repercutido por el volcán de Mombacho y las colinas de la laguna de «Apoyo», esparcía por el inmenso espacio la fama de su nombre esclarecido. La fausta noticia llegó mientras tanto al campamento de los aliados, cuyos jefes, en homenaje a sus grandes merecimientos, reunidos en consejo, redactaron un acta, en la cual todos consignaron su voto, nombrando al señor General Presidente de la República de Costa Rica General en Jefe de los ejércitos aliados de Centro América.

En consecuencia, el General Juan Rafael Mora se puso a la cabeza de los aliados, que tenían reducido a Walker a la ciudad de Rivas. Poco después se incorporó el General Martínez, y las operaciones de la guerra se hicieron con tal unidad de acción, que ya se veía próximo el fin de aquella guerra, que se había prolongado más por las rivalidades y celos entre los jefes de los aliados que por la superioridad del enemigo. Tenían, es cierto, hombres industriosos que fundían balas de cañón y se proveían de otros elementos de guerra; pero sus artilleros no aventajaban a los artilleros del país, como se vió en los dos ataques que personalmente dirigió en Masaya. La vanidad y a'tivez de los yanquis no armonizaba con su valor y pericia militar. Walker tenía audacia y actividad, pero carecía de juicio en lo que él llamaba su política. El que estudie sus decretos y se fije en la elección que hacía de los hombres para la ejecución de sus proyectos militares, se persuadirá de

que por un golpe en el clavo, daba veinte o cuarenta en la herradura.

Pronto los que venían de los Estados del Este, o de California, se convencían del espíritu atolondrado y aventurero de su caudillo, y como mercenarios, no encontrando la granjería con que se habían ilusionado y sí las plagas del clima, como eran las fiebres, disentería, pulmonía, el cólera, zancudos y garrapatas, desertaban; muy particularmente cuando veían llegar en los vapores del lago mucha tropa costarricense que venía embarcada en «Tortugas», en el litoral del Sur, con la cual y las que venían de Occidente, se aumentaba el número de los aliados, causa que los afligía; aumentando el número de los desertores yanquis, disminuían éstos notablemente.

El General en Jefe de los aliados tenía la habilidad de servirse de los mismos desertores para ofrecerles dinero, y comodidades a los sitiados para que se salieran de Rivas; y como les cumplía los ofrecimientos, salían a comer buena carne, en vez de la carne de caballo, o de mula, que les daba Walker. Así era que, cada vez que los mandaba a alguna expedición y se encontraban con otra de los aliados, cruzándose balazos, en que tenían muertos y heridos, como en la del Jocote, al pasar lista, no sólo contaban las bajas por muertos y heridos, sino también por los muchos que habían desertado.

Aunque por el lado del Norte ya no le venían refuerzos a Walker, porque el río San Juan estaba en poder de los costarricenses, le quedaban aún los vapores que de California no dejaban de traerle algún auxilio. Era necesario, pues, poner obstáculos en San Juan del Sur. Con este objeto, los generales Jerez y Cañas fueron con el batallón del Coronel Estrada, liberriano valiente y entendido, para hostilizar al *Granada* que, como se ha dicho, estaba armado en guerra, anclado en el puerto, al mando del audaz pirata Faysseoux.

Estrada construyó trincheras en la ciudad y en el camino, y le hizo varias descargas de fusilería al *Granada*, con lo cual éste levó anclas y fondeó más retirado de la costa. Estas demostraciones bélicas de los aliados en el puerto, llenaron de cuidado a los pasajeros que iban para California, quienes llevaron esa noticia, de modo que los que venían a pasar por

nuestro istmo, ya no quisieron hacerlo y se fueron por el de Panamá, quedando interrumpido el tránsito por Nicaragua, y de consiguiente Walker aislado en Rivas y sin auxilio de ninguna parte y de ninguna clase. Haciéndose su situación cada día más difícil y más desesperada, tenía que capitular.

Así las cosas, arribó al mismo puerto la goleta de vapor *The Mary*, de la escuadra americana del Pacífico, al mando del capitán C. E. Davis. Cañas y Jerez hicieron una visita a bordo, antes de regresar al campamento; mientras tanto, les facilitó don Evaristo Carazo, a Gattel y Brady, sus dependientes en su negocio de transporte de pasajeros por el istmo en carruajes y mulas, los cuales hablaban el inglés, para que fuesen a donde Faysseoux, a sugerirle la idea de entregar la goleta *Granada*, servicio que también prestaban Mr. L. Maury y Román Rivas, hijo del Provisorio don Patricio Rivas, encontrando siempre refractario al comandante de dicha goleta, que no atendía a ninguno.

Después que los Generales Cañas y Jerez informaron de todo al General F. R. Mora, primer jefe de los aliados, éste mandó dos edecanes suyos a bordo del *The Mary* con un atento oficio para su capitán, manifestándole en nombre de la humanidad lo urgente que era sacar de la ciudad de Rivas a las mujeres y niños, para ponerlos a salvo en las ulteriores operaciones de la guerra que los gobiernos de Centro América le hacían a Walker para arrojarlo del país, en guarda de la seguridad de los derechos de los pueblos de sus respectivas repúblicas, amenazadas por la presencia de tan agresivo huésped.

El filantrópico y culto Capitán Davis les atendió con deferencia, y *The Huston* con un cabo de la marina del *The Mary*, se presentó en el campamento del Comandante en Jefe de los aliados, con el objeto de sacar a las mujeres y niños que había dentro de la plaza sitiada, para lo cual necesitaba de un pasaporte de los sitiadores, y el General Mora se lo mandó extender inmediatamente.

Al siguiente día, *The Huston* salió de la plaza sitiada con todas las mujeres y niños americanos para San Juan del Sur. Con estas personas menores que consumiesen los escasos víveres que había, Walker concibió la esperanza de sostenerse por más

tiempo en la plaza; por esto estuvo tan deferente sin fijarse, tal vez, en el gran desaliento que causó a la tropa ver salir a las mujeres; desaliento que se tradujo en copiosas desertiones. Desde ese día no sólo desertaban en grupitos de tres y cuatro, sino que se iban las guardias enteras de las avanzadas, junto con sus oficiales, dejando a Walker reducido a un escaso número de secuaces, que se veían muy abatidos.

El capitán Carlos Enrique Davis, al corriente de la triste situación de los hombres de Walker y del estado de perturbación cerebral que revelaban las palabras que habló al *The Huston* para dicho capitán, pretendiendo ser tratado como beligerante en el reclamo de los pequeños botes del *Nagamaset*, buque carbonero surto en San Juan del Sur, que Walker se había apropiado, para servirse de ellos en el lago; quería que el Capitán de *The Mary* obligase al jefe de los ejércitos de Centro América a entregar los vapores del lago y río San Juan y sus respectivos tripulantes, que él decía los tenía contra su voluntad. No tenía derecho a parangonarse con el General en Jefe de los ejércitos de los gobiernos de Centro América un bandolero que usurpando el poder de Nicaragua se hacía llamar Presidente, existiendo el verdadero, obedecido por los pueblos y reconocido por todos los gobiernos connacionales y extranjeros; esta loca e infundada pretensión no podía sostenerse ante los principios del Derecho público nicaragüense, ni del internacional; de consiguiente, el capitán del *The Mary* no le prestó ninguna atención.

Sin embargo, le tuvo lástima, cuando se convenció de que Walker estaba rematadamente loco, al informarse por su *The Huston* de que Walker decía que, cuando ya no pudiese sostenerse en la plaza de Rivas porque se le agotasen los víveres, levantaría el campo para ir a juntarse con los auxiliares que, en su delirio insano, soñaba que tenía en San Juan del Norte. ¿Qué camino pensaría llevar este infeliz? No tenía embarcaciones, y además el lago y el río estaban guardados por las tropas de Costa Rica, que disponían de los vapores; no le quedaba otra ruta que la terrestre, en la costa del lago y la ribera del río al lado de Costa Rica.

El pensamiento de irse a San Juan del Norte en busca de

sus soñados auxiliares era una petulancia jactanciosa de su pretendida superioridad intelectual antropológica, pero la desmiente su falta de conocimiento de la topografía del país que consideraba suyo. En su cerebro dislocado, no estaban las ideas geográficas del trayecto que tenía que recorrer de Rivas a San Juan del Norte. Se encontrarían él y los suyos con el Sapoá, invadeable, que tendría que atravesar a nado, como lo hizo Cándido Flores huyendo de la muerte que recibieron, vencidos, los Soza y los Orozco. Después, el caudaloso Viejito, y a la altura del fuerte San Carlos, el río Frío, que además tiene el peligro de los salvajes Guatusos, que atacan con mortíferas flechas al que se atreve a entrar en sus dominios, pasados los cuales tendría que continuar la marcha a la margen del río, por pantanos y bosques salvajes y desiertos en que abundan fieras voraces, tigres y leones, zancudos, gusanos y reptiles venenosos, como la temible toboba de picadura letal. Erizado de tantos peligros, ese trayecto le presentaría las grandes e invencibles dificultades de los caudalosos ríos San Carlos y Sarapiquí, adonde no es exagerado decir que no hubiera llegado ninguno.

De esa trágica muerte quiso salvarlos la noble y generosa conducta de Carlos Enrique Davis, capitán de la *The Mary*, corbeta de guerra de la marina americana, con su caballerosa intervención para que capitulara bajo su poderosa garantía.

Hidalgo y magnánimo, el General en Jefe de los ejércitos aliados, General Juan Rafael Mora, otorgó la vida a Walker y diez y seis de sus secuaces, para que saliesen del país, en su correspondencia con el comandante Carlos Enrique Davis, quien no tardó en llegar a las «Cuatro Esquinas» de Rivas, en donde estaba el cuartel general de los aliados, y allí llegaron Henningson y Waters para estipular la capitulación de Walker y encontraron al comandante de la corbeta de guerra *The Mary*; con él convinieron el tratado de capitulación.

Cinco artículos tenía ese documento, en que se consignó que Walker, con diez y seis jefes y oficiales de su Estado Mayor, saldrían de Rivas con sus armas blancas, caballos y bagajes, sin que se les molestase por los aliados, y se les permitiese embarcarse a bordo del *The Mary*, surto en el puerto de

San Juan del Sur, en el cual serían transportados a Panamá que el resto de oficiales y tropa entregarían las armas y serían transportados en los vapores del lago a «Tortugas», para que se fuesen por tierra a embarcar en Puntarenas, para tomar de allí el rumbo que quisiesen; pero los que tenían sus esposas y familias en San Juan del Sur podían ir a embarcarse allí con destino al punto que eligiesen, y los que no eran extranjeros tenían garantía de la vida, la libertad y la propiedad sin restricción alguna.

Este rasgo de civilización para terminar los Estados la guerra que se vieron obligados hacer para concluir con el vandalismo en Nicaragua, será siempre un timbre de honor para los sensatos jefes que pusieron fin al derramamiento de sangre centroamericana y a los sufrimientos del país por una guerra que tanto habían prolongado las pasiones de partido en Nicaragua. No extrañará, sin embargo, que se oyeran entonces susurros de censura por ese noble y magnánimo proceder que la humanidad aconsejaba, porque tal censura dimanaba de la ardiente exaltación de la política fanática de sectarios como don Juan Ruiz, quien tenía la opinión que expresa esta proposición: «La revolución es una calentura; se cura con sangría». Eso le dijo al autor, refiriéndose a los dos avanzados que hizo fusilar durante el ataque de Walker el 29 de junio, y al cadalso que, como comisionado del Gobierno, alzó ocho días después para ultimar al peruano y a Peinado.

Cesó, pues, la sangrienta guerra contra los filibusteros con la capitulación de Walker, el 2 de mayo de 1857, y éste y su jauría dejaron libre de su odiosa y odiada presencia a Nicaragua, la que, constituida y regida por un Gobierno, no estaba en la circunstancia de los que en Chontales mataron como a manada de coyotes a Farley y su compañero. El mismo Walker dijo que su congénere y su gente pasaron por Chontales saqueando y robando en su marcha hasta llegar al mar por el río Bluefields; plan que, según él, traían desde que salieron de Nueva Orleans, pues a su llegada a Nicaragua instaron mucho por que *se les dejase formar una compañía montada por sí solos*. Una banda... que en Managua el capitán Dolan les permitió ir a explorar el camino de Tipitapa y lo volvieron de esa correría,

y que él fué informado de que los habían visto por Matagalpa. Lo habitantes del trayecto que recorrieron hasta la Libertad población postrera de Chontales, en la región aurífera, víctimas de los atropellos y saqueos de estos forajidos, les fueron siguiendo, y concertaron el plan de darles un golpe certero. Conocedores de todos los vericuetos, se apostaron en una encajonada y con toda clase de armas cayeron de sorpresa sobre ellos y los exterminaron, dejando vivos dos heridos para que fueran a contar el cuento a su país.

Furley y Walker, al pasar por Nicaragua como lava de volcán, dejaron sólo recuerdos execrables de su rapacidad y su protervia; con la sola diferencia que el primero fué un ratero menguado y el segundo obró más en grande, añadiendo a la rapacidad de su intrusa legislación el incendio y el asesinato, profanando el nombre augusto de autoridad con que él mismo se había investido con sarcástica audacia. Los otros más notables: Henningsen, Waters, Fry, Nazmer, Swingle, Petter, Hooff, Brady, Roger, Toker, Wert, Willianson y otros del mismo jaez que formaban la jauría del segundo, salvaron la vida a bordo del *The Mary*, para llegar a los Estados del Sur, a contar el cuento en su folleto *La guerra de Nicaragua*, lleno de inexactitudes, jactancias y alardes inventados para embaucar a las inocentes, pero perversas masas que no faltan en los grandes centros, para lanzarse a nuevas aventuras que en el curso de esta narración serán referidas.

Baldón eterno, oprobio perdurable, pesará siempre sobre los que con sus luces, o su dinero, su valor y arrojo de fieras, fueron autores o cómplices, ya fuese directa o indirectamente, en los horrorosos sucesos que dejo narrados. Parecería mejor que los nombres de tan viles seres no infestasen el aire con sólo pronunciarlos, para que quedasen en la oscuridad que merecen; pero ha sido preferible mencionarlos en los lugares respectivos para que pasen a la posteridad manchados con sus horrendos crímenes y cargados de la maldición de las generaciones futuras. Nada noble y levantado dejaron al marcar su inmundia planta a su paso por Nicaragua. Palabras y más palabras, que revelan ilustración y negra codicia y ruin lucro; hechos execrables, que imprimen la fealdad del esbozo de su retrato moral,

con que los presentará la historia en la galería de los filibusteros en la Nicaragua de 1857.

Zarpó el *Santa María*, rumbo a Panamá, conduciendo a los filibusteros, dejando a Nicaragua libre de tan funesta plaga, y los ejércitos de los Estados aliados contramarcharon a los lugares de su respectiva procedencia, llevándose la gratitud y las bendiciones de todos los nicaragüenses. Las fuerzas septentrionales quedaron en Granada, cuartel general, casa de las Felipito, al mando del General Martínez, y las de Occidente en León, con el General Jerez, por disposición del Presidente Patricio Rivas.

El Gobierno del Salvador, siempre eficaz en su auxilio a Nicaragua para la expulsión total de los filibusteros, mandaba más tropa, cuatrocientos hombres, al mando del General Gerardo Barrios. Llegaron a León cuando Walker ya había capitulado. Barrios era liberal y tenía sus simpatías por los democráticos, como el Coronel Zavala por los legitimistas, como conservador, y también se detuvo en León. El genio del mal sopló las pasiones de partido, al tratarse de llevar a la práctica el tratado de unión del 12 de septiembre, renaciendo la rivalidad de León y Granada.

Con objeto de procurar una avenencia, el General Gerardo Barrios quiso ensayar los medios políticos y propuso una conferencia en León de los hombres prominentes del país, y al efecto escribió a Granada y otros puntos, invitando para una reunión en León. En consecuencia, asistieron el General Jerez, Fernando Chamorro, don Fulgencio Vega, don Fernando Guzmán, el doctor Cortés, Gerónimo Pérez, don Evaristo Carazo, el General Cañas y otros, que junto con el doctor Jerez, el Licenciado Zepeda, Marín, Salinas y otros, y después de una larga conferencia en que se presentaron, por uno y otro partido, candidaturas de su respectivo gremio, el General presentó la candidatura de don Juan B. Sacasa, quien además de ser un conservador bien definido, a su bello carácter y genio sagaz, fino y conciliador, unía amigos y entronques de familia en Granada y en Rivas, y hacienda valiosa en el Departamento meridional.

Las dotes diplomáticas del proponente Barrios, y la naturalidad de su desinterés político, pues siendo liberal designaba una

candidatura conservadora, le abrieron campo en la reunión, y la candidatura Sacasa fué aceptada por los concurrentes orientales con la salvedad de someterla a la aceptación de los amigos de Granada.

Cuando el General Fernando Chamorro regresó y dió cuenta del resultado de la conferencia de León, en que se había aceptado la candidatura Sacasa, la junta de granadinos, a la cual fué invitado el doctor Cortés y otros, no la conceptuó acertada, porque teniendo Sacasa su casa y familia en León, estaría bajo su influencia y aun era posible que la capital de la República fuese restablecida en León.

Desechada por los granadinos la candidatura de don Juan B. Sacasa, no se desalentaron los amantes de la paz y continuaron trabajando por una inteligencia y concierto de voluntades en tan importante asunto, y se invitó para otra reunión en Managua, cuya plaza de armas estaba mandada por el General don Tomás Martínez, por convenio de todos los conservadores, el cual insinuó que entre los invitados, uno de ellos fuese el doctor Rosalío Cortés y sus amigos de Masaya, y que de León viniesen don Apolonio Marín y don R. Salinas, miembros conspicuos del comercio.

En Managua, estando todos los que habían asistido a León y a Granada, tuvieron varias reuniones en diferentes casas para tratar de candidaturas. Ya se reunían sólo legitimistas, ya sólo democráticos, sin poderse avenir en un candidato, porque la división reinaba aún en cada uno de los mismos partidos. Parecía que todos los peligros y desgracias por que habían pasado, en vez de hacerlos más cuerdos y de haber apagado el fuego de las pasiones políticas, habían encendido ambiciones injustificables: creía cada cual que el hecho de haber luchado contra Walker le otorgaba el derecho de ambicionar.

Nicaragua se hallaba, pues, en una situación que el doctor Cortés creyó oportuna para que se pusiese fin a la contienda, antes de que se llegase de nuevo a las armas, poniendo en práctica el proyecto de Chinandega, que se había frustrado con la muerte del General Muñoz y la del General Corral, los cuales esta vez debían ser reemplazados por los Generales Jerez y

Martínez, que eran los caudillos militares más prestigiosos de los democráticos y de los legitimistas.

Desde la expedición de Pueblo Nuevo, que ya conoce el lector, en que Cortés y Martínez anduvieron juntos, habían hablado del proyecto referido, y don Fernando Chamorro no era extraño a él y no le repugnaba, y el doctor estaba atento a todas las discusiones sobre candidaturas aun en los corrillos. Por fin, en una de las casas de la plaza de San Miguel, tuvo lugar la reunión de legitimistas y democráticos, en la cual la colisión de diferentes pareceres exaltó los ánimos hasta el punto de prorrumper el General Dolores Estrada en estas candentes expresiones: «Basta de arreglos. Mejor es que apelemos a las armas, y que se resuelva la cuestión en el campo de batalla». La reunión terminó, yéndose todos exaltados a sus casas.

¡El General Estrada opina por resolver con las armas el problema de la candidatura a la Presidencia de la República! ¿Cómo? ¿Aspirar a héroe para ser fratricida? El valiente pueblo nicaragüense está sangrando de sus heridas y se quiere que derrame más sangre. ¡Más sangre! Pretender resolver el problema con las armas, diagnostica el mal estado de un cerebro enfermo de *politiquitis militar*. Los huérfanos, las viudas, las ruinas, los escombros de la ciudad que aun humea, ¿son acaso nada? De las charcas de sangre, calientes todavía, ¿se quiere que se levante un nuevo Caín? No se levantará: basta de furor y frenesí. ¡No más carnicería!

El General Cañas, como verdadero valiente, es noble y generoso. Evaristo Carazo es verdadero patriota, y ambos son humanos y civilizados; y aunque ya no existen Muñoz y Corral, viven Jerez y Martínez que, filántropos, apagarán el incendio de la gurera civil que se pretende reavivar, uniéndose para dar la paz a Nicaragua, y existe sobre todo el Doctor Cortés, que fué quien concibió ese gran pensamiento desde 1854 y que lo expresó en la casa de Mr. Manning en Chinandega, la noche que hablaron con el General Muñoz, pensamiento no abandonado a pesar de la muerte de Muñoz y de Corral, sino que continuó pensando con persistente fe hasta esa fecha en que debía ser realizado por Martínez y Jerez.

Al disolverse la última reunión mixta, el Doctor Cortés

salió de la casa el primero, acompañado del Licenciado Pascual Fonseca. El General Martínez estaba en la esquina de la casa que habitaba; deseaba saber el resultado de la conferencia y Cortés le dijo a su compañero: «No conviene que en el estado de exaltación actual me vean hablar con el General; yo me iré de paso y usted le informará de todo». Fonseca se quedó donde Martínez, y Cortés siguió sin detenerse. El Licenciado Fonseca, respondiendo a las preguntas del General Martínez, le dijo que, a juzgar por el calor y la exaltación, era difícil ningún avenimiento, y le refirió el ultimátum del General Dolores Estrada. Entonces Martínez, que sabía que el General Jerez era huésped de Fonseca, le preguntó si podía saber «cuál sería la opinión de Jerez respecto de la paz». Fonseca le aseguró que Jerez estaba hastiado de la guerra. Entonces dijo Martínez a Fonseca: «Puede trabajar con Jerez en el sentido de la paz, porque este General puede hacer mucho por ella».

Cuando Fonseca regresó a su casa, se fué a la pieza sola que tenía Jerez y le refirió detalladamente toda la conferencia, el encargo del doctor Cortés para Martínez después de la conferencia y lo que el General le había hablado refiriéndose a él, a Jerez. Dos horas después, terminada la comida, Jerez, dejando a los demás comensales, salió con él a la calle y se dirigió a donde Cortés, que se hospedaba junto con Cañas y Carazo, con quienes permaneció hasta tarde de la noche, en que volvió a dormir.

Al siguiente día, temprano de la mañana, volvió a salir en la misma dirección que el día anterior, tan luego tomó su café, y cuando regresó a almorzar dijo a Fonseca: «Está resuelto el problema de la paz: Martínez y yo asumimos la responsabilidad de la situación».

Con cuyo objeto formarían ambos un Gobierno con funciones dictatoriales, hasta que volviera la sociedad a sus quicios, quisieran o no democráticos o legitimistas.

Se realizaban los elevados y filantrópicos propósitos de unir a los dos caudillos militares de los bandos contendientes, para cegar la sima insondable de la guerra fratricida entre la familia nicaragüense, la cual había abierto el sepulcro en que corrió peligro de caer la libertad y autonomía del país, de cuya

desgracia le salvó la hábil evolución política del proyecto de Chinandega, frustrado con la muerte del General Muñoz, pero perseguido con tenaz insistencia por su autor.

Era necesaria mucha discreción para guardar reserva acerca de la insinuación de la idea, para que no llegase a oídos de los legitimistas, porque si sabía alguien el origen de aquella sensata transacción, trabajaría por impedirla; y por esto había que andar con chinelas y con prontitud, y para consultar la delicadeza de los caudillos, debía hacerse por medio de personas que gozasen de legítima influencia, o que pudiesen trabajar con éxito en la política.

El General Cañas había venido al comando de la división auxiliar costarricense y con valor y astucia había traspasado el istmo ocupado por Walker y logrado juntarse con el General Jerez y su tropa. Era Cañas sujeto distinguido por sus dotes militares, por su carácter jovial y bondadoso, de educación esmerada y de trato culto y fino, que además se había relacionado con el General Martínez cuando éste llegó a incorporarse al ejército que sitiaba a Rivas, siendo General en Jefe su cuñado el Presidente Mora; habían, pues, vivaqueado juntos estos tres generales. Cañas, además, en esta ocasión tenía otra condición que le daba mayor importancia: andaba acompañado de un patriota acreditado, que había prestado valiosos servicios en la campaña desde el principio que Walker se inmiscuyó en la guerra civil de Nicaragua: éste era don Evaristo Carazo, rico hombre que trabajaba con su capital en el pingüe negocio del tránsito de pasajeros a California por el istmo de Rivas; era este caballero de apreciables cualidades personales, de trato franco, popular, que le hacía simpático en la alta sociedad, de carácter pacífico y conciliador, lo cual le daba muy buen concepto entre todos los que le trataban, principalmente en Granada.

El General Cañas, pues, y don Evaristo Carazo debían acompañar al General Jerez para ir a la casa que ocupaba Martínez y para tratar en conjunto del asunto de la unión para formar la junta de gobierno dictatorial prescindiendo del existente, para pacificar a Nicaragua, ya que Jerez había atendido

a las razones que el doctor Cortés le había dado para no acompañarlo.

Tan luego llegó Jerez con los dos amigos Cañas y Carazo a la casa de Martínez, le propuso sin rodeos Jerez el proyecto de resolver el problema de la paz por medio de la unión de los dos, formando un gobierno dictatorial hasta que la sociedad volviese a sus quicios, asumiendo los dos la responsabilidad, quisieran o no los democráticos o los legitimistas; el General Martínez acogió sin vacilar el proyecto, y firmadas las bases del convenio Jerez tomó una copia para llevarla personalmente a León; pero quiso antes consignar un artículo adicional al convenio, por el cual autorizaba al General Martínez para que en el caso de que fuese secuestrada su persona en León, Martínez sólo inaugurara la Junta de Gobierno y ejerciese la dictadura.

Con este artículo adicional probaba Jerez una firmeza inquebrantable en sus resoluciones, una religiosa lealtad a su palabra y un talento previsor de lo que podían hacer los exaltados partidarios, pero que con esto lograría convencer de la conveniencia del paso y de lo inútil de la resistencia.

El Presidente don Patricio Rivas se mostró conforme con el convenio de Jerez con Martínez, y ofreció que tan luego recibiese noticia oficial de haberse inaugurado la Junta de Gobierno él cesaría en sus funciones presidenciales, y los exaltados democráticos estuvieron anuentes a reconocer el nuevo orden de cosas, con lo cual Jerez regresó sin tardanza a Managua.

Desde que el Presidente Chamorro abandonó la capital en 1854 para ir a León con el fin de combatir a Jerez, hasta el mes de junio de 1857, fecha del memorable suceso presente, el pequeño edificio que servía de palacio del gobierno no era habitado sino por tropas, sufriendo los desperfectos consiguientes a aquella guerra asoladora que tantas ruinas había causado a Nicaragua. De modo que necesitaba de reparaciones para poder ser ocupado por el Gobierno, pues carecía de todo útil de oficina. Con unos cuadernillos de papel de oficio, comprados en una tienda, hubo para comenzar a escribir el acta de inauguración de la Junta de Gobierno en una casa particular, de donde se salió a dar gracias a Dios al templo.

El Tedéum que se entonó entonces en la iglesia parroquial de Managua, en acción de gracias por tan fausto suceso, fué el más alegre que resonará en los oídos de los hombres pacíficos y patriotas de Nicaragua.

El primer decreto de la Junta de Gobierno fué nombrando jefe de sección del Ministerio General, para meditar y convenir en la paulatina formación del gabinete, al Licenciado Juan J. Lezcano, granadino, que llegó a pasar la guerra a Managua, con el cura Lezcano, que era hermano suyo.